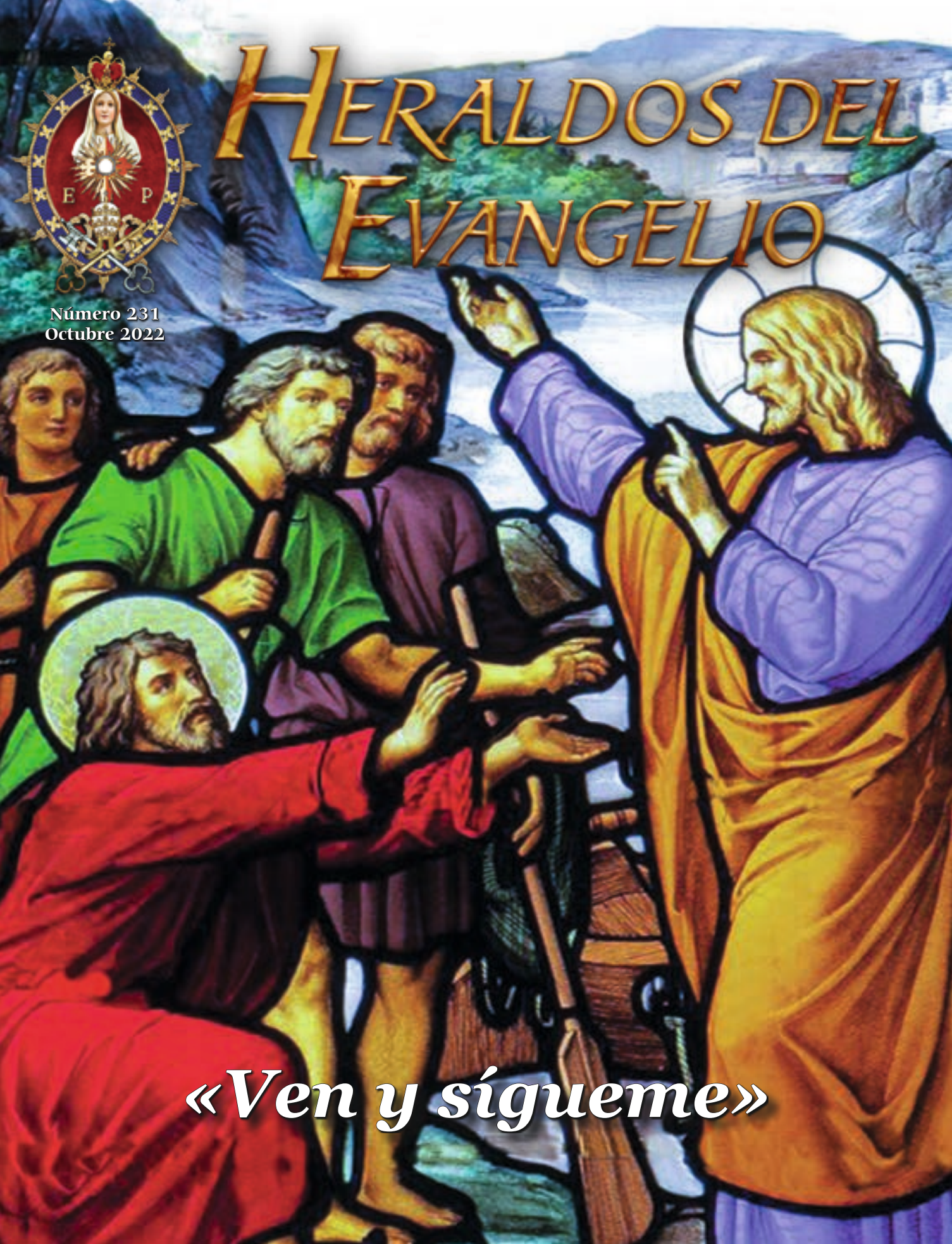
Heraldos del Evangelio

Número 231
Octubre 2022



«Ven y sígueme»

Hijos de los dolores del padre

Reproducción

San Pablo de la Cruz

A la par con la gracia va siempre el sacrificio. [San Pablo de la Cruz] había comprado a sus hijos con oraciones, lágrimas y dolores. Satanás se los hacía pagar muy caro. [Cierto hijo espiritual] le costó trabajos indecibles. Lo llevó de Roma a Argentario durante el rigor del invierno. Fatigado como estaba con tantos viajes y trabajos, cayó enfermo. Dolores atroces lo martirizaban, llegando a causar aprensión su estado.

Lo trasladaron a Orberello, a casa de un piadoso bienhechor. Nada lograba calmar la vehemencia de los sufrimientos. Eran tan agudos y punzantes que el santo, para no quejarse, recitaba las letanías de Nuestra Señora, con un acento de profunda tristeza. Comía poquísimo y todo le provocaba arcadas.

No pegó ojo durante cuarenta días y cuarenta noches. Partía el corazón escucharlo, con los ojos fijos en una imagen de María, dirigiéndole conmovedoras súplicas:

«Oh María, una hora de descanso… Al menos —insistía clamando— al menos media hora… Oh Madre, mi dulce Madre, por caridad… Un cuarto de hora, ¡por lo menos un cuarto de hora!…».

Y no era atendido… Bien sabía la tierna Madre que no era deseo del Señor dar tregua a los dolores de ese hijo amado. A lo amargo de este cáliz, sobrevenían insoportables desamparos, fantasmas horribles, pensamientos desoladores, espantosas angustias… El pavor del infierno, más que el temor a la muerte, le torturaba el alma. Los demonios lo afligían y martirizaban. […] Todo lo soportó el santo, durante cinco meses, con inalterable paciencia y resignación.

LUIS TERESA DE JESÚS AGONIZANTE, CP.
«Vida de San Pablo de la Cruz».

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XX, nº 231, Octubre 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Carrera 67 # 173A - 25
Bogotá D.C
Tel 57 314 2686906

revista@heraldosdelevangelio.com.co

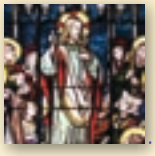
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

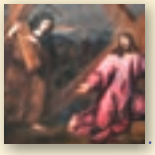
Escriben los lectores 4

Camino, desvío y atajo (Editorial) 5

La voz de los Papas – Cohesión en la diversidad 6



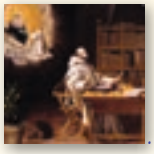
Comentario al Evangelio – No hay fe sin justicia 8



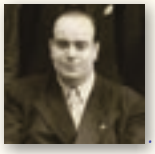
«Ven y sígueme»: el ideal de todo cristiano 16

La devoción eucarística de Santo Tomás de Aquino – Lección viva de la teología 20

Gabriel-Antoine Mossier – Un soldado de María 22



Dios quiere convivir con nosotros 26



Llamado a prestar un gran servicio a la Iglesia 28

Santa Eduvigis – Destinada al combate y a la victoria 32

Siervo de Dios Marcelo Van, CSsR – Apóstol del amor en Vietnam 36

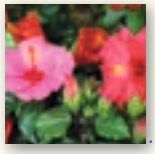
Inocencia de por vida 40

Heraldos en el mundo 42

Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44

Historia para niños... – Correo angélico 46

Los santos de cada día 48



Es mejor el conjunto 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.org**

Escriben los lectores

Inspirados comentarios al Evangelio

Mons. João S. Clá Días siempre es claro, objetivo y didáctico en sus exposiciones sobre los santos Evangelios. Son páginas casi escritas por la mano de un ángel, de tanta delicadeza y precisión.

¡Inspiradísimo!

Cleiton Matías
Vía revista.arautos.org

«Noblemente sacral»

La revista del mes de agosto está magnífica. Pero el artículo *Noblemente sacral* ¡es una maravilla! De hecho, aún hoy las mejores bibliotecas de las universidades más famosas del mundo tratan de mantener un ambiente de recogimiento confortable, más para el espíritu que para el cuerpo. Y ese debe ser realmente el propósito de una lectura o consulta. Felicitaciones a la Hna. Lorena.

José Antonio Borda Gómez
Bogotá – Colombia

Incansables en hacer el bien y difundir las verdades de la Santa Iglesia

La revista *Heraldos del Evangelio*: ¡una verdadera gracia para toda la familia!; contenido riquísimo, que eleva nuestra alma al Cielo, incluso los temas infantiles atraen a los adultos; todo está hecho con primor.

¿Qué decir de la edición de agosto pasado? El título no podría ser más bonito: *Un ideal: unir el Cielo y la tierra*. Esta unión del Cielo y la tierra es para lo que rezamos, hace dos milenios, en la oración del Padre nuestro: «Venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad, en la tierra como en el Cielo». Cristo ha puesto ese ideal en nuestros corazones, pero está de un modo pleno y fulgurante en el de Mons. João S. Clá Días. Él y los Heraldos son siempre incansables en hacer el bien y en difundir las verdades de la Santa Iglesia, haciendo esto especialmente por el esplendor de la belleza y de la sacralidad, mediante sus oraciones y de su modo de vida.

Sabemos que el mundo está lleno de fealdad y de caos, donde todo parece perdido… Es notorio, sin embargo, que Dios siempre suscita un hombre providencial para cada época de la Historia. Nunca abandona a la humanidad. Y mirando a Mons. João vemos a ese hombre providencial y, más aún, vemos, como afirmó el cardenal Franc Rodé, que pertenece a la «estirpe de los héroes y de los santos».

Silmara Rodrigues
Vía revista.arautos.org

Un artículo que me ha hecho mucho bien

Agradezco el artículo *La perfecta obediencia – ¿«Domine, ut videam»?*, de la edición de junio, porque me ha hecho mucho bien, pues me encuentro leyendo el *Tratado de la conformidad con la voluntad de Dios*, de Alonso Rodríguez, hermoso libro. Gracias. Les pido oren por mí; yo rezo por ustedes. Dios les bendiga.

Patricia Lucero
Vía revistacatolica.org

Hermosa no sólo por la presentación, sino también por el contenido

Quiero darles las gracias por su revista, hermosa no sólo por la presentación, sino por el contenido, que es un tesoro. Y doy gracias a Dios por ser favorecida en recibir su revista porque, además de aprender con ella, su lectura me sirve para acercarme más a Dios y a la vez conocer a un santo en vida, como es Mons. Joao S. Clá Dias. Gracias y que Dios les siga iluminando para que nos sigan guiando.

María Antonieta Bocanegra Osorio
Trujillo – Perú

Liturgia que inspira los cantos en la Iglesia

¡Hermoso sitio web el de la revista! ¡Inspirados comentarios!

Soy músico en mi iglesia y siempre consulto la liturgia para ayudar a mi grupo a elegir los cantos.

Dirceu Lelis de Moura
Vía revista.arautos.org

Natividad de San Juan Bautista

De la lectura del artículo sobre la natividad de San Juan Bautista, titulado *La fuerza de la predestinación eterna*, se puede traducir «Divina Providencia» como «tiempo de Dios»: todo sucederá en el tiempo preciso, no antes, ni después. Todos ustedes son ángeles puestos al servicio de nuestra santísima Madre celestial, ya que una Reina tan maravillosa merece no sólo una alabanza celestial, sino también terrenal… Llegará el día en que el Cielo y la tierra se unirán en un mismo clamor, para que nos visite el «Sol» que nace de lo alto para iluminar a los que viven en las tinieblas y en las sombras de la muerte, para guiarnos por el camino de la paz, por el camino de María.

Ramiro Fernando Naranjo Pluas
Vía revistacatolica.org

Eficaz intercesión de Dña. Lucilia

Doña Lucilia intercede eficientemente y consigue que se hagan milagros. Me gustaría agradecer lo mucho que ella ha conseguido para mí. Dos operaciones quirúrgicas exitosas: una de próstata y otra de GIST en el duodeno.

Pedro Penteado de Faria e Silva
Vía revista.arautos.org

Camino, desvío y atajo

Tal vez la exhortación más usada por el Salvador fue: «Sígueme». Se sirvió de ella no sólo para llamar a los Apóstoles —como a Mateo en la oficina de recaudación—, sino también para invitar al joven rico a emprender un nuevo camino.

En el primer caso, el publicano se alzó enseguida, abandonó su vida pasada y convidó a Jesús a un banquete. El joven rico, en cambio, prefirió huir del llamado; su corazón, entregado a los bienes terrenales, bloqueó la avenida que conduce a la santidad.

San Agustín subraya que existen únicamente dos vías o «ciudades»: aquella en la que se ama a Dios hasta el desprecio de sí propio y aquella en la que se ama a uno mismo hasta el desprecio de Dios. En otras palabras, sólo hay un camino verdadero, a saber, el que se identifica con el propio Cristo: «Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Todo lo demás es un desvío.

Habrá quien insinúe que cualquier itinerario de vida es válido: si «todos los caminos llevan a Roma», al final «todo saldrá bien»… ¿Será eso así?

La objeción a esta postura la encontramos en la vida de los Apóstoles. Judas no sólo traicionó al Maestro, sino también su recorrido salvífico; de hecho, «¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!» (Mt 26, 24), sentenció Jesús. El propio San Pedro, que había prometido seguir a Cristo a todas partes, aunque le costara la vida, lo negó tres veces. Estos ejemplos ilustran cómo la Patria celestial no está garantizada, ni siquiera para quien el Redentor ha convocado personalmente.

Si bien la senda que lleva a Dios es luminosa (cf. Sal 118, 105; Jn 8, 12), no excluye la dimensión ascética: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Lc 9, 23). A su vez, el desvío que lleva a la perdición es ancho y espacioso, y muchos son los que entran por él (cf. Mt 7, 13); parece recto, sin embargo, conduce a la muerte (cf. Prov 14, 12).

San Pablo no duda en señalar que quien se desvía del llamamiento individual sigue a Satanás (cf. 1 Tim 5, 15), así como a sus artimañas. Y la mayor de ellas es el disimulo, plantando cizaña en el trigal o echando semillas al borde del camino.

Vale la pena destacar que la peor de esas semillas es arrojada por los «falsos profetas», esos lobos con piel de oveja tantas veces desenmascarados por el Salvador. Son esos mismos —a menudo desde lo alto del púlpito— quienes defienden que todos los caminos son válidos. Y es más, decretan, sin velos, que el infierno está vacío…

En realidad, como apunta San Bernardo, la conciencia culpable ya es de suyo «como un infierno» y una «cárcel del alma» (*De quatriduo Lazari, et præconio Virginis*, n.º 4). En efecto, la vida inicua constituye un infierno iniciado. En contrapartida, la vía de la santidad, el camino de la integridad (cf. Prov 10, 9), nos hace degustar anticipadamente la bienaventuranza del Cielo.

María Santísima es la mejor compañía para este viaje. A fin de cuentas, Ella ya lo realizó de modo perfecto en su vida y asunción. Por eso, querido lector, nada hay como el eco en tu interior de aquellas palabras del santo de Claraval: «Siguiéndola, no te desviarás». He aquí el atajo de la salvación. ✧

Nuestro Señor llama a los primeros Apóstoles - Iglesia de San Andrés, Joigny (Francia)

Foto: Nhuan DoDuc

Cohesión en la diversidad

La reconciliación efectuada por Dios en Cristo encuentra expresión histórica permanente en la Iglesia. Ella es el centro de irradiación de la unión de los hombres con Dios y de la unidad entre ellos, que va afirmándose gradualmente en el tiempo.

La Iglesia ha sido consciente, desde sus orígenes, de la transformación efectuada por la obra redentora de Cristo, y ha proclamado este gozoso anuncio: que, por ella, el mundo se ha convertido en una realidad radicalmente nueva (cf. 2 Cor 5, 17), en la cual los hombres han redescubierto a Dios y la esperanza (cf. Ef 2, 12), y desde entonces fueron hechos partícipes de la gloria de Dios «por medio de Nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rom 5, 11).

Tal novedad se debe exclusivamente a la iniciativa misericordiosa de Dios (cf. 2 Cor 5, 18-20; Col 1, 20-22); ésta viene en ayuda del hombre que, alejado de Él por su propia culpa, ya no podía encontrar la paz con su Creador. Dicha iniciativa de Dios, además, se materializó gracias a una intervención directamente divina. De hecho, no se limitó a perdonarnos simplemente, ni se valió de un hombre corriente como intermediario entre Él y nosotros, sino que constituyó a su «Hijo unigénito como intercesor de paz»:[1] «Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en Él» (2 Cor 5, 21). De hecho, Cristo, al morir por nosotros «canceló la nota de cargo que nos condenaba con sus cláusulas contrarias a nosotros; la quitó de en medio, clavándola en la cruz» (Col 2, 14); y, por medio de la cruz, nos reconcilió con Dios, «dando muerte, en Él, a la hostilidad» (Ef 2, 16).

La Santa Iglesia es el sacramento de la reconciliación

La reconciliación efectuada por Dios en Cristo crucificado se inscribe en la Historia del mundo, que ahora cuenta entre sus irreversibles componentes el acontecimiento de que Dios se hizo hombre y murió para salvarlo. Pero encuentra permanentemente su expresión histórica en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en la cual el Hijo de Dios congrega a «sus hermanos de todos los pueblos»;[2] y, como su cabeza (cf. Col 1, 18), es el principio de autoridad y de acción que la constituye sobre la tierra cual «mundo reconciliado».[3]

> *Para ser dignos miembros del Cuerpo de Cristo, todos deben contribuir a mantenerlo como comunidad de personas reconciliadas*

Siendo la Iglesia el Cuerpo de Cristo y Cristo el «Salvador del Cuerpo» (Ef 5, 23), todos, para ser dignos miembros de este Cuerpo, deben, por fidelidad a su compromiso de cristianos, contribuir a mantenerlo en su naturaleza original como comunidad de personas reconciliadas, procedente de Cristo, nuestra paz (cf. Ef 2, 14), que «nos estableció en la paz».[4] […]

Y puesto que la reconciliación encuentra una privilegiada expresión y un carácter más intenso en la Iglesia, ésta es en cierto modo «como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»;[5] es decir, el centro de irradiación de la unión de los hombres con Dios y de la unidad entre ellos, centro que, afirmándose gradualmente en el tiempo, se completará en la consumación de los siglos. […]

Corrección fraterna: estímulo a la santidad

Esta apertura a los demás, sostenida por la voluntad de comprensión y la capacidad de renuncia, asegurará, de manera estable y ordenada, la eficacia del acto de caridad mandado por el Señor, que es la corrección fraterna (cf. Mt 18, 15). Dado que esto último

Reproducción

Retrato oficial de Pablo VI, tomado a principios de la década de 1960

puede ser hecho por cualquier fiel con respecto a cualquier hermano en la fe, puede ser el medio normal de poner fin a muchas disensiones o de evitar que surjan.[6] A su vez, exhorta a quien la practica a que se quite la viga del ojo (cf. Mt 7, 5), para que no se desvirtúe el orden de la corrección.[7]

Por consiguiente, la práctica de la corrección fraterna se resume en un principio de progreso hacia la santidad, única que puede darle a la reconciliación su plenitud; no sería una pacificación oportunista que enmascararía la peor de las enemistades,[8] sino en la conversión interior y en el amor unificador en Cristo que de ella se deriva, y que se realiza principalmente en el sacramento de la Reconciliación, la Penitencia, por la cual los fieles «obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a Él y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron pecando»,[9] con tal que «este sacramento de salvación arraigue en la vida entera de los cristianos y los impulse a una entrega cada vez más fiel al servicio de Dios y de los hermanos».[10]

La cohesión eclesial en la diversidad de vocaciones

Sin embargo, «en la constitución del Cuerpo de Cristo está vigente la diversidad de miembros y oficios»,[11] y esta diversidad provoca inevitables tensiones. Podemos verlas incluso entre los santos, pero «no aquellas que rompen la armonía y destruyen la caridad».[12] ¿Cómo impedir que degeneren en divisiones? De esta misma diversidad de personas y funciones brota el principio firme de la cohesión eclesial. En efecto, un componente primordial e insustituible de esa diversidad son los pastores de la Iglesia, constituidos por Cristo como sus embajadores ante los demás fieles, dotados para ello de una autoridad que, transcendiendo las posiciones y opciones de los individuos, los unifica todos en la integridad del Evangelio, que es precisamente «el mensaje de la reconciliación» (2 Cor 5, 19). […]

De la diversidad de personas y funciones en la Iglesia, que no rompe la armonía ni destruye la caridad, brota el principio de la cohesión eclesial

Que los sagrados pastores, de la misma manera que representan visible y eminentemente al propio Cristo y ocupan su lugar,[13] así también imiten e infundan en el pueblo de Dios el amor con el cual Él se inmoló: «Amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (cf. Ef 5, 25-26). Y que este renovado amor suyo sea un eficaz ejemplo para los fieles, en primer lugar para los sacerdotes y religiosos que hayan fracasado en las exigencias de su propio ministerio y su vocación, de suerte que todos en la Iglesia, con «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4, 32), se empeñen de nuevo «en la propagación del Evangelio de la paz» (cf. Ef 6, 15).

La Iglesia, nuestra madre, considera con tristeza la deserción de algunos de sus hijos elevados al sacerdocio ministerial o, de otro modo particular, consagrados al servicio de Dios y de los hermanos. Siente, no obstante, alivio y alegría en la generosa perseverancia de todos los que se han mantenido fieles a su compromiso con Cristo y con ella misma; y, sustentada y confortada por los méritos de esta multitud, desea transformar el dolor que le ha sido infligido en un amor que puede comprenderlo todo y, en Cristo, perdonarlo todo. ✧

Fragmentos de: SAN PABLO VI. *Paterna cum benevolentia*, 8/12/1974.
Traducción: Heraldos del Evangelio.

---

[1] TEODORETO DE CIRO. *Interpret. Epist. II ad Cor.*: PG 82, 411.

[2] CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 7.

[3] SAN AGUSTÍN DE HIPONA. *Sermo 96*, 7, 8: PL 38, 588.

[4] SAN JERÓNIMO. *In Epistolam ad Ephesios*, 1, 2: PL 26, 504.

[5] CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 1.

[6] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 33, a. 4.

[7] Cf. SAN BUENAVENTURA. *In IV Sent.*, dist. 19, dub. 4.

[8] Cf. SAN JERÓNIMO. *Contra pelagianos*, 2, 11: PL 23, 546.

[9] CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 11.

[10] ORDO PENITENTIÆ. Prænotanda, n.º 7.

[11] CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 7.

[12] SAN AGUSTÍN DE HIPONA. *Enarrationes in Psalmos*, 33, 19: PL 36, 318.

[13] Cf. CONCILIO VATICANO II, op. cit., n.º 21.

GFreihalter (CC by-sa 3.0)

Jesús predica a la multitud - Iglesia de San Gumaro de Lier, Amberes (Bélgica)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús, [1] les decía a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer.

[2] «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. [3] En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario". [4] Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, [5] como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme"».

[6] Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; [7] pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante Él día y noche?; ¿o les dará largas? [8] Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (Lc 18, 1-8).

No hay fe sin justicia

En la parábola del juez inicuo, el divino Maestro nos indica la misteriosa relación existente entre la virtud de la fe y el sentido de justicia. En efecto, la santa violencia en la oración corresponde al celo por la gloria de Dios.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – El Evangelio de la oración

Entre los cuatro evangelistas, San Lucas se destaca por realzar continuamente el papel fundamental de la oración en la vida de Nuestro Señor Jesucristo y en sus enseñanzas.

Él nos transmite la máxima divina que abre el Evangelio de hoy, según la cual debemos «orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18, 1). Subraya, además, el hecho de que el Señor estaba en oración antes del bautismo en el Jordán, detalle omitido por los otros evangelistas: «*Mientras oraba*, se abrieron los cielos, y bajó el Espíritu Santo sobre Él» (Lc 3, 21-22). También es el único que menciona que Jesús *pasó la noche orando* la víspera de la elección de los Doce (cf. Lc 6, 12-13); y lo mismo ocurre en el relato de la profesión de fe de San Pedro: solamente él refiere que el Salvador *se encontraba rezando* al Padre antes de interrogar a sus discípulos acerca de su propia identidad (cf. Lc 9, 18-20).

A diferencia de los demás evangelistas, indica el relevante pormenor de que Jesús *oraba inmediatamente antes* de la Transfiguración (cf. Lc 9, 28-29), pues se había retirado al monte con Pedro, Santiago y Juan a fin de implorar gracias especiales.

En su narración, el divino Maestro se pone a rezar después de que sus discípulos regresan exultantes de su misión (cf. Lc 10, 17.21-22) y lo hace de nuevo antes de enseñarles el Padre nuestro (cf. Lc 11, 1a). Merece la pena señalar el motivo por el cual, según el evangelista, Jesús transmite esta sublime oración a sus seguidores. Éstos se habían quedado asombrados de la actitud orante del Señor y, por ello, le pidieron: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11, 1b).

Conforme a la pluma de San Lucas, el Redentor reza para sustentar la fe de San Pedro antes de la crucifixión: «Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32). Del mismo modo, durante la Pasión, el Cordero inmolado eleva súplicas por sus enemigos (cf. Lc 23, 34) y, *clamando con voz potente*, en el momento de su muerte reza: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46).

También hay que apuntar, con profunda emoción, que la primera y la última palabra pronunciadas por Jesús en el tercer Evangelio se refieren al Padre eterno. En el episodio de la pérdida y hallazgo en el Templo, el Niño Jesús le responde a su Madre: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49). En lo alto de la cruz, antes de expirar, el Salvador se dirige al Padre con una ternura en extremo conmovedora, usando las palabras que cierran el párrafo anterior.

Finalmente, el santo médico es quien nos enseña la necesidad de rezar con insistencia, mediante

En su Evangelio, San Lucas se destaca por realzar el papel fundamental de la oración en la vida de Nuestro Señor Jesucristo

la parábola del hombre que le pide pan a su vecino en un horario inoportuno. En esa ocasión, Nuestro Señor afirma: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá» (Lc 11, 9); «Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del Cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden?» (Lc 11, 13). El mismo evangelista narra también el episodio de Marta y María, realzando la superioridad de la contemplación sobre la acción (cf. Lc 10, 38-42).

San Lucas pretende así promover el espíritu de oración en sus lectores, registrando para siempre y con especial cuidado las declaraciones del Señor a respecto de este asunto de capital importancia. Sin esa disposición de espíritu es imposible permanecer vigilantes y estar preparados para el día supremo del encuentro con el Esposo, que llega inesperadamente para celebrar el banquete nupcial.

Por tanto, la oración es una cuestión vital y gravísima para todo bautizado. Sin practicarla como Dios quiere, nadie se puede salvar; al contrario, para quien reza con fe, todo se hace posible.

A lo largo de toda su vida pública, el Señor nos ha dado ejemplo de cómo debemos orar siempre, sin desfallecer jamás

II – La parábola de la insistencia confiante

La parábola que la liturgia nos propone este vigésimo nono domingo del Tiempo Ordinario posee una riqueza de contenido que ha sido explorada de manera proficua a lo largo de los siglos por los Padres y Doctores de la Iglesia, pero quizás adquiera un sentido aún más crucial en nuestra época.

San Juan Crisóstomo[1] nos enseña que, por bondad, Dios quiere concedernos su gracia; sin embargo, es voluntad suya que la recibamos por la oración. San Agustín[2] explica que la parábola del juez inicuo es un ejemplo basado no en la semejanza, sino en la desemejanza: la malicia del magistrado, que hace justicia tan sólo para dejar de ser molestado, se opone diametralmente a la benevolencia divina, inclinada a atender y auxiliar a los que suplican con confianza.

Es interesante observar lo que comenta el Águila de Hipona acerca de la oración a formular, es decir, de la súplica para que se haga justicia: «Los elegidos de Dios le piden que los vengue, algo que también afirma el Apocalipsis de San Juan sobre los mártires (cf. Ap 6, 10), aunque se nos aconseje claramente orar por nuestros enemigos y perseguí-

Fotos: Angelis David Ferreira

Nheyob (CC by-sa 3.0)

De izquierda a derecha: Jesús entrega las llaves a San Pedro – Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Tampa (Estados Unidos); el Bautismo del Señor - Catedral de Santa María, Austin (Estados Unidos); Jesús en casa de Marta y María – Iglesia de San Vendelino, Saint Henry (Estados Unidos)

dores (cf. Mt 5, 44). Debe entenderse, por tanto, que la vindicación reclamada por los justos es la ruina de todos los malos, la cual se produce de dos maneras: o convirtiéndose a la justicia, o perdiendo, por medio del castigo, el poder que les permite actuar ahora, al menos provisionalmente, contra los buenos».[3]

San Cirilo, a su vez, asevera que es una enorme virtud el olvido de los males que nos infligen. En efecto, olvidar las ofensas constituye una gloria para el cristiano. No obstante, enseña el mismo santo, que es necesario «acudir a Dios pidiéndole auxilio y clamando en contra de los que rechazan su gloria»,[4] cuando nos enfrentamos a malhechores que atentan contra la majestad divina y hacen la guerra a los ministros del dogma sagrado.

Por lo tanto, en este Evangelio encontramos una enseñanza a veces olvidada: la obligación de clamar a Dios, suplicándole que haga justicia contra el mal y promueva el bien. En el inefable cántico del magníficat, María Santísima se regocija en el Señor por haber escuchado sus ardentísimas plegarias, que rogaban, como es fácil deducir, que se hiciera justicia. Para Ella, la venida del Mesías, concebido de una forma virginal en su purísimo seno, constituía una santa vindicación, que ponía en orden todas las cosas: «Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1, 51-53).

En esta clave hemos de escudriñar los tesoros escondidos en la parábola contemplada en la liturgia de hoy.

San Agustín de Hipona - Iglesia de Santa María, Kitchener (Canadá)

La tenaz, asidua y santa insistencia

En aquel tiempo, Jesús, [1]les decía a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer.

El divino Maestro quiere dotar a sus discípulos del arma más eficaz para el apostolado que deberán emprender en los diferentes rincones del universo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la Creación» (Mc 16, 15). ¿Qué arma es esa? La plegaria insistente, asidua y tenaz.

Por eso San Pablo, hombre de ardorosa oración, afirma abrasado en fe: «Aunque procedemos como quien vive en la carne, no militamos según la carne, ya que las armas de nuestro combate no son carnales; es Dios quien les da la capacidad para derribar torreones; deshacemos sofismas y cualquier baluarte que se alce contra el conocimiento de Dios y reducimos los entendimientos a cautiverio para que se sometan a la obediencia de Cristo» (2 Cor 10, 3-5).

En efecto, la oración hace del hombre frágil un combatiente divino, capaz, como el Apóstol de las Gentes, de las más osadas y fulgurantes epopeyas. Sólo hay una condición para ello: que sepa hincar las rodillas y rezar siempre, sin desistir jamás.

La parábola del juez inicuo nos enseña, según los Padres de la Iglesia, a suplicarle a Dios que haga justicia frente al mal

Dos figuras antípodas

[2]«Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. [3]En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario"».

El juez y la viuda son figuras que se hallan en los antípodas. El primero posee el poder de decisión sobre la suerte de su prójimo y lo utiliza de forma corrupta y abusiva; se trata de un soberbio y despiadado tirano vestido de toga. La segunda es el prototipo de fragilidad de su época, por ser mujer y haberse quedado sola en el mundo, sin la protección de su marido.

No obstante, la fuerza brutal del juez es contundida por la oración de la debilidad: «Hazme justicia frente a mi adversario». Y, en la conclusión de la parábola, la flaqueza saldrá airosa y victoriosa, gracias al arma esgrimida: la súplica.

¿Qué pide la viuda?: que se le haga justicia frente a su adversario. He aquí una aparente contradicción: ¿no deben los cristianos perdonar a sus ene-

migos? ¿Por qué Nuestro Señor nos incita a pedir justicia frente a nuestros contendientes? ¿Cómo se armonizan ambas actitudes? La sabiduría divina todo lo comprende y explica, como veremos más adelante.

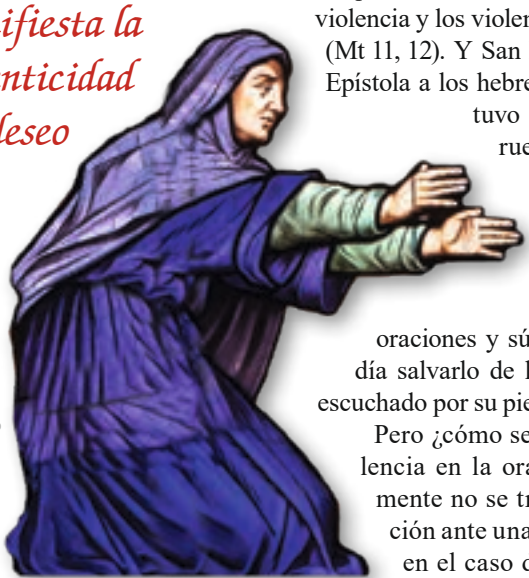
El poder de la insistencia

[4] «Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, [5] como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme"».

Dios espera de sus hijos la misma actitud de la viuda: la santa tenacidad en la oración, mediante la cual se manifiesta la autenticidad del deseo

Todo buen formador sabe explicar la doctrina por medio de figuras y ejemplos. En este sentido, el divino Maestro es un pedagogo insuperable, poseedor de un don absolutamente impar para concebir parábolas. Aquí muestra que la negativa del juez dura un largo período. El texto no lo afirma de manera explícita, pero deja sobrentendido el papel de la insistencia perseverante de la viuda para que, finalmente, el magistrado acceda a atender su petición. Esa es la actitud que Dios espera de sus hijos en la oración: la santa tenacidad, mediante la cual se manifiesta la autenticidad del deseo.

La viuda, sin embargo, no sólo persistía en su petición, sino que lo hacía con fuerza, hasta el punto de que el juez tuvo miedo de ser agredido por ella. Con relación a Dios, ¿se debe hacer violencia en la oración? Nuestro Señor nos enseña que «el Reino de los Cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan» (Mt 11, 12). Y San Pablo narra en la Epístola a los hebreos que Jesús obtuvo con ardorosos ruegos su propia resurrección: «En los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial» (5, 7). Pero ¿cómo se entiende la violencia en la oración? Evidentemente no se trata de una reacción ante una injusticia, como en el caso de la viuda. Dios es un padre clementísimo y sus hijos deben confiar en Él con absoluta firmeza. La violencia que ha de emplearse proviene de la virtud del celo, que consiste en el fervor de la caridad. Consumidos por el fuego del amor e interesados únicamente en la gloria de Dios, los fieles son movidos a rezar con vehemencia, como nos enseñan los santos. La intensidad de la oración no disminuye en modo alguno el temor reverencial y la confianza filial; al contrario, resulta de una virtuosa audacia, toda ella hecha de respeto y de admiración.



João Paulo Rodrigues

Vitral de la basílica de Nuestra Señora de Nazaret, Belén do Pará (Brasil)

Al respecto, vale la pena recordar un fragmento de una oración compuesta por San Antonio María Claret, suplicándole a Nuestra Señora la salvación de las almas expuestas a riesgos tremendos de condenación:

«¡Ah!, no es posible callar, Madre mía, […]; llamaré, gritaré, daré voces al Cielo y a la tierra a fin de que se remedie tan gran mal; no callaré; y si de tanto gritar se vuelven roncas o mudas mis fauces, levantaré las manos al cielo, se espeluznarán mis cabellos, y los golpes que con los pies daré en el suelo suplirán la falta de mi lengua.

«Por tanto, Madre mía, desde ahora ya comienzo a hablar y a gritar; ya acudo a Vos, sí, a Vos, que sois Madre de misericordia: dignaos dar socorro a tan grande necesidad; no me digáis que no podéis, porque yo sé que en el orden de la gracia sois omnipotente. Dignaos, os suplico, dar a todos la gracia de la conversión, pues que sin ésta no haríamos nada, y entonces enviadme y veréis cómo se convierten».[5]

GO69 (CC by-sa 4.0)

Vitral de la iglesia de San Martín de Tours, Servon-sur-Vilaine (Francia)

Reproducción

«La adoración del Cordero Místico», de Hubert van Eyck - Catedral de San Bavón, Gante (Bélgica)

Las almas de los justos claman ante el Cordero: «¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia?»

Dios es un padre justiciero

6 Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice
el juez injusto; 7 pues Dios, ¿no hará justi-
cia a sus elegidos que claman ante Él día y
noche?; ¿o les dará largas? 8a Os digo que les
hará justicia sin tardar».

Jesús lleva a su auditorio hacia la conclusión de la parábola llamando la atención acerca de la actitud del inicuo magistrado, decidido a atender los ruegos de la viuda: «Fijaos en lo que dice el juez injusto». Como diciendo: ved que el hombre sin escrúpulos, deshonesto, brutal y prepotente cede ante las súplicas de una mujer desvalida.

E, interrogando a sus oyentes, el divino Maestro prosigue: «Pues Dios», que es el Juez bueno por excelencia, «¿no hará justicia a sus elegidos?». ¿Y quiénes son los elegidos? La respuesta puede sorprender, pero se deduce fácilmente de las divinas palabras: ¡son aquellos que claman a Él día y noche!

El contraste se presenta altamente expresivo. Si hasta el juez impío atiende las súplicas insistentes, ¿cómo no lo iba a hacer aquel que no solamente es justo, sino la propia Justicia? ¡Dios actuará a favor de sus elegidos y «sin tardar»!

En el Apocalipsis de San Juan esta doctrina evangélica se halla expresada de un modo excelso:

«Cuando [el Cordero] abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los degollados por causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantenían. Y gritaban con voz potente: "¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin vengar nuestra sangre de los habitantes de la tierra?". A cada uno de ellos se le dio una túnica blanca, y se les dijo que tuvieran paciencia todavía un poco, hasta que se completase el número de sus compañeros y hermanos que iban a ser martirizados igual que ellos.

«Vi cuando abrió el sexto sello: se produjo un gran terremoto, el sol se puso negro como un sayal de pelo, la luna entera se tiñó de sangre, y las estrellas del cielo cayeron a la tierra como caen los higos de una higuera cuando la sacude un huracán. Desapareció el cielo como un libro que se enrolla, y montes e islas se desplazaron de su lugar. Los reyes de la tierra, los magnates, los generales, los ricos, los poderosos y todos, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y entre las rocas. Y decían a los montes y a las rocas: "Caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran Día de su ira, y ¿quién podrá mantenerse en pie?"» (6, 9-17).

Misteriosa relación entre la fe y la justicia

8b «Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

Este versículo se reviste de cierto misterio. Parece establecer una relación directa entre la fe y el sentido de justicia, vivaz en el espíritu de la viuda de la parábola, pero cuán adormecido, por desgracia, en nuestros tiempos. San Pablo enseña, con meridiana claridad, la necesidad de que los cristianos sean inmunes al espíritu del mundo, pervertido por las influencias del príncipe de los infiernos:

El fin de los tiempos, que precederá a la venida de Cristo, bien podrá caracterizarse por el mutismo de los buenos, por la pasividad ante el torrente de pecados

«No os unzáis en yugo desigual con los infieles: ¿qué tienen en común la justicia y la maldad?, ¿qué relación hay entre la luz y las tinieblas?, ¿qué concordia puede haber entre Cristo y Beliar?, ¿qué pueden compartir el fiel y el infiel?, ¿qué acuerdo puede haber entre el templo de Dios y los ídolos? Pues nosotros somos templo del Dios vivo; así lo dijo Él: Habitaré entre ellos y caminaré con ellos; seré su Dios y ellos serán mi pueblo (cf. Lev 26, 11-12). Por eso, salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor. No toquéis lo impuro, y yo os acogeré. Y seré para vosotros un padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor omnipotente» (2 Cor 6, 14-18).

Así como el pueblo judío se vio libre de las cadenas de la esclavitud de los egipcios mediante el glorioso Éxodo, así los cristianos deben abandonar el neopaganismo hodierno, no necesariamente desplazándose a parajes solitarios, sino tratando de permanecer fieles a la verdad, al bien y a la belleza, en suma, inmunes al contagio del relativismo, del libertinaje y del prosaísmo de nuestros días.

Para quien vive en la lucha por conservar la propia inocencia en un ambiente viciado, la degradación moral causa un profundo dolor y una justa indignación por lo injurioso y agresivo que en ello existe contra el orden establecido por el Creador. Así, esos soldados de Cristo han de volverse hacia el Dios de las venganzas y, con reverente violencia, elevar plegarias suplicando que se haga justicia.

Luego se comprende cuán terrible es la lepra de la confusión de las mentes que hoy asola las huestes del bien. La pérdida del sentido del pecado y los miasmas difundidos por la falseada noción de misericordia, entendida como una especie de aberrante tolerancia de Dios hacia el mal, tienen como consecuencia directa una peligrosa y dramática disminución de la virtud de la fe. El fin de los tiempos, que precederá a la venida de Cristo, bien podría caracterizarse por el mutismo de los buenos, por la pasividad ante el torrente de pecados, por la grave carencia de justo furor frente a los horrores producidos por la soberbia humana.

III – ¡Pidamos justicia con fe ardorosa!

En este espléndido pasaje del Evangelio, el divino Maestro nos enseña a rezar como el Padre

Reproducción

«El Juicio final», de Jan van Eyck - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

desea. Sí, Dios quiere hijos interesados en su gloria, que no toleran verlo despreciado, ofendido, pisoteado por la insolencia de los hombres perversos. Así como la viuda suplicó justicia frente a su adversario, la Santa Iglesia, que es virgen y madre de todos los que poseen la vida de la gracia, clama a los Cielos pidiendo venganza contra los enemigos del Altísimo.

Un fogoso e impactante ejemplo de esa manera de rezar, tan auspiciado por Nuestro Señor, fue San Luis María Grignion de Montfort, apóstol mariano de incansable celo y eficasísima palabra. Al prologar las constituciones de la congregación que pretendía fundar, se dirigió a Dios en términos sublimes, piadosos e intrépidos, consumido como siempre por los intereses de la gloria de Jesús y de su Madre Santísima. He aquí unos fragmentos de su famosa Oración abrasada:

«Acuérdate, Señor, de esta comunidad en los efectos de tu justicia: *Tempus faciendi, Domine, dissipaverunt legem tuam*; es hora de hacer lo que prometiste. Tu ley divina es transgredida; tu Evangelio, abandonado; torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y arrastran incluso a tus propios siervos; toda la tierra se halla desolada, la impiedad se asienta en el trono; tu santuario es profanado y la abominación impera hasta en el lugar santo.

«¿Lo abandonarás todo así, Señor justo, Dios de las venganzas? ¿Vendrá finalmente todo a ser como Sodoma y Gomorra? ¿Permanecerás siempre callado? ¿Seguirás soportándolo? ¿No ha de hacerse tu voluntad en la tierra como en el Cielo y que venga tu Reino? ¿No le has mostrado de antemano a algunos de tus amigos una futura renovación de tu Iglesia? ¿No deberían convertirse los judíos a la verdad? ¿No es esto lo que espera la Iglesia? ¿No te claman todos los santos del Cielo justicia: *vindica*? ¿No te lo dicen todos los justos de la tierra: *amen, veni, Domine*? Todas las criaturas, incluso las más insensibles, gimen bajo el peso de los innumerables pecados

Lucio César Rodrigues

San Luis María Grignion de Montfort - Colección privada

de Babilonia y piden tu venida para restaurar todas las cosas».[6]

Más adelante, San Luis Grignion prosigue manifestando la pureza de su intención y la fuerza de su oración:

«¿Qué te estoy pidiendo? Nada a mi favor, todo para tu gloria. ¿Qué te estoy pidiendo? Lo que puedes y hasta, me atrevo a decir, lo que debes concederme como el Dios verdadero que eres, a quien se ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra, y como el mejor de todos los hijos, que amas infinitamente a tu Madre».[7]

Aprendamos del eminente teólogo y ardoroso misionero el modo de poner en práctica en nuestros días ese espíritu de oración enseñado por Jesucristo en la parábola de la viuda y el juez inicuo. Si así actuamos, mantendremos encendida, con luminosa pujanza, la antorcha de la fe en medio de este mundo de tinieblas, haciendo que la Historia inicie, no el camino que la llevará de inmediato al fin del mundo, sino la vía radiante y heroica que nos conducirá al triunfo tantas veces prometido por Jesús y por María. Será ésa la era de la victoria que culminará el curso de los acontecimientos sobre la tierra. ✧

Fogoso ejemplo de esa manera de rezar fue San Luis María Grignion de Montfort: «Tempus faciendi, Domine, dissipaverunt legem tuam»; es hora de cumplir lo que prometiste

---

[1] Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea. In Lucam*, c. XVIII, vv. 1-8.

[2] Cf. SAN AGUSTÍN. *Quæstionum Evangeliorum*. L. II, n.º 45: PL 35, 1358.

[3] Ídem, 1358-1359.

[4] SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA. *Commentarius in Lucam*, c. XVIII, t. 1: PG 72, 850.

[5] SAN ANTONIO MARÍA CLARET. «Autobiografía». In: *Escritos autobiográficos y espirituales*. Madrid: BAC, 1959, p. 237.

[6] SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. «Prière Embrasée», n.º 5. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 676-677.

[7] Ídem, n.º 6, p. 678.

«Ven y sígueme»: el ideal de todo cristiano

Por el Bautismo, Cristo nos traza una única meta: seguirlo radicalmente. Nos toca a todos, sin excepción, responder a su invitación con santidad y perfección, discerniendo cada cual el modo deseado por Dios para hacerlo.

P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP

A un joven que practicaba los mandamientos, Jesús lo miró con amor y le hizo una invitación: «Vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el Cielo, y luego ven y sígueme» (Mc 10, 21).

Ese llamamiento a abandonarlo todo para seguir al divino Maestro llegó en primera instancia a los Apóstoles y, en los siglos sucesivos, a muchas almas sedientas de darlo todo por Cristo. Inicialmente, el martirio representó el camino regio para seguir los pasos sangrientos y gloriosos de Jesús; más adelante, cuando el peligro de la muerte cruenta se hacía siempre más distante, se verá en la *fuga mundi* el modo de morir a cualquier expectativa meramente humana, poniendo en práctica de la forma más radical el consejo de San Pablo: «Buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (Col 3, 1-2).

El movimiento eremítico, el monacato y la vida religiosa en general han sido un lugar privilegiado para responder con generosidad a la llamada de Jesucristo: «Sígueme». Su palabra ha conmovido a millares de corazones durante los ya más de veinte siglos de historia de la Santa Iglesia, creando una constelación de santos que asumieron el estado de suprema libertad para servir al Señor como sus esclavos de amor.

Sin embargo, el llamado al seguimiento no es exclusivo de algunos en la Iglesia. El Señor invitó también a las multitudes: «Si alguien quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Lc 9, 23).

Diferentes medios para alcanzar un mismo fin

Gracias al énfasis dado a la llamada universal a la santidad de todos los fieles, en cualquier estado o condición,[1] esta perspectiva vuelve a flote, después de varios siglos de olvido y resignación.

Se trata de despertar en todos los bautizados el interés por un estudio sobre la perfección, esto es, el seguimiento de Cristo, pues de una forma u otra, ¡la santidad atañe a todos, sin excepción! Además, intentar mostrar con equilibrio —evitando las tensiones, pero sin invertir el orden de las cosas en la Iglesia— el lugar del estado de perfección y su relación con el llamado a la plenitud de la caridad propia al estado laical.

Para ello, proponemos al lector una reflexión con base en la doctrina tomasiana acerca de la perfección, a fin de comprobar la armonía existente entre el estado de vida religiosa y la vida secular, tantas veces contrapuestos en la historia moderna. En efecto, la fragmentación de la Teología en Dogmática y Moral, y la posterior segmentación de ésta en tratados dedicados a casos de conciencia y manuales de ascética, pudo sugerir dos niveles de vida cristiana paralelos. El primero sería el de la perfección —significando un seguir a Cristo en la renuncia a los bienes, al matrimonio y a la propia voluntad—; y el segundo consistiría en vivir evitando el mal moral, representado por el pecado mortal y el vicio, aunque sin aspiraciones a la santidad, reservada tan sólo a los religiosos.

Santo Tomás de Aquino jamás podría imaginar la simple formulación de semejante teoría. Para él, como veremos, todos son llamados al seguimiento, y el seguimiento consiste en la perfección de la vida espiritual, o sea, en la santidad. La única diferencia existente entre los diversos estados dice respecto a la elección de

los medios para la obtención de un mismo fin.

¿En qué consiste la perfección?

Antes de nada, es oportuno indagar en qué consiste la perfección. Santo Tomás responde con las palabras de San Pablo: «Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta» (Col 3, 14). Oigamos la razón teológica expuesta por el Doctor Angélico después de haber citado la autoridad infalible de las Escrituras: «Se considera que una cosa es perfecta cuando alcanza el fin propio, que es su última perfección. Ahora bien: la caridad es la que nos une a Dios, que es el fin último del alma humana. […] Por tanto, la perfección cristiana consiste principalmente en la caridad».[2]

El siguiente paso a dar es preguntarse si es posible ser perfecto en esta vida, llevando la caridad a una realización plena. La respuesta común es negativa: «La perfección dejémosla para el Paraíso». No obstante, el Ángel de las Escuelas no pensaba así: «La ley divina no obliga a lo imposible. Sin embargo, nos invita a la perfección cuando se nos dice: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". Luego parece que alguien puede alcanzar la perfección en esta vida».[3]

Claro que, según explica el mismo Santo Tomás, hay una diferencia de intensidad entre la perfección posible mientras se peregrina *in via* y la de los bienaventurados *in patria*. En el Cielo, la perfección «responde a la capacidad total del que ama, en cuanto que su amor se dirige a Dios con todas sus fuerzas y siempre de modo actual».[4] En la vida presente, no se puede lograr este altísimo grado de contemplación afectiva, que significa una inmersión definitiva en la caridad divina. Existe, no obstante, un modo de perfección por el cual «se excluye todo lo que es contrario al amor de Dios».[5] Este modo se puede adquirir mientras se es viador.

Francisco Lecaros

Una religiosa acompaña a Cristo en su Pasión - Museo de Santa Clara, Gandía (España)

Todo bautizado, en cualquier estado, está llamado a seguir a Cristo, lo cual consiste en la perfección de la vida espiritual, es decir, en la santidad

Por otra parte, el Aquinate deja bien sentada la correspondencia entre la caridad y la práctica de los mandamientos de la ley de Dios. Lo hace, como siempre, mediante varios argumentos de autoridad de la Sagrada Escritura: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón» (Dt 6, 5); «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev 19, 18); «De estos dos mandamientos dependen la Ley y los Profetas» (Mt 22, 40). Finalmente, concluye: «La perfección de la caridad, de la que se toma la perfección de la vida cristiana, consiste en amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos. Luego parece que la perfección consiste en la observancia de los mandamientos».[6]

Es una conclusión de gran relieve, a ser subrayada: la perfección está en el cumplimiento de la ley de Dios; todos la han de observar para salvarse y, por lo tanto, la llamada a la perfección —como resulta en claro en el Evangelio— es universal y no sólo para algunos.

¿Cómo alcanzar la perfección?

Habiendo aclarado ya qué es la perfección, surge ahora otra pregunta: ¿cómo alcanzarla en esta vida? De dos modos, nos responde el Doctor Angélico: «Primero, en el que la voluntad del hombre rechaza todo lo que es contrario a la caridad, como es el pecado mortal. Sin esta perfección no puede subsistir la caridad, por lo tanto, es necesaria para la salvación. Segundo, en el que la voluntad humana rechaza no sólo lo que es contrario a la caridad, sino todo lo que impide que el afecto del alma se dirija totalmente a Dios».[7]

Algunos podrán ver en esta respuesta una «moral de mínimos», esbozada con sutil embrujo. Para ser perfecto se trata «tan sólo» de evitar el pecado mortal, como se decía antes.

¿Estaría, pues, Santo Tomás, el sol de la teología, dirigiendo a los cristianos por un camino secundario? Antes de nada, es necesario decir que evitar el pecado mortal exige heroísmo. Y, además, no es posible conseguirlo sin una vida santa, atravesada por los rayos de las virtudes teologales y regulada por las virtudes cardinales.

Por ejemplo, ¿cómo podría ser puro un joven —vencedor del Maligno, de la incitación tempestuosa de las pasiones y del dechado seductor del mundo— si no es luchando arduamente, con el auxilio de la gracia? Interrogantes como éste se podrían aplicar a personas de todas las edades a la vista de las más variadas situaciones morales. Es tan difícil abstenerse del pecado mortal, que para los hombres abandonados a sus fuerzas naturales es imposible; sólo se logra con la ayuda de Dios (cf. Mt 19, 26).

Preceptos y consejos

Pero volviendo a la cuestión precedente: si la perfección consiste en la práctica de los mandamientos, ¿cómo se explica que se pueda ser aún más perfecto no sólo evitando violar la sagrada ley divina, sino retirando cualquier obstáculo que aleje la voluntad del amor de Dios? Dejémosle la palabra al propio Santo Tomás:

«En dos sentidos se puede decir que la perfección consiste en algo: primero, por sí misma y esencialmente; después, secundaria y accidentalmente. Esencialmente, la perfección cristiana consiste en la caridad […] y en la práctica de los mandamientos. […] De manera secundaria e instrumental, la perfección consiste en el cumplimiento de los consejos [evangélicos], los cuales, como los mandamientos, se ordenan a la caridad, pero de modo distinto. En efecto, los mandamientos se ordenan a apartar lo que es contrario a la caridad que la hace incompatible con ellos, mientras que los consejos se ordenan a remover los obstáculos de los actos de la caridad, que, sin embargo, no la contrarían, como el matrimonio, la ocupación en los negocios seculares, etcétera».[8]

Por consiguiente, los consejos, cuyo mismo nombre indica la índole electiva, se ordenan al cumplimiento de los preceptos[9] a modo de instrumento. Santo Tomás esclarece aún más el argumento mediante un ejemplo que le toca muy de cerca, como veremos: «Algo está ordenado al fin de dos maneras: una, como necesaria al fin sin la cual éste no puede existir, al igual que el alimento para conservar la vida del cuerpo. Otra, por así decirlo, necesaria al fin en el sentido de que sin ella no se puede alcanzar tan bien el fin, como el caballo está ordenado al viaje, no porque sin el caballo uno no pueda andar, sino porque con él se va mejor».[10]

> *La perfección de la vida cristiana consiste en la caridad y en la práctica de los mandamientos; los consejos evangélicos tan sólo son medios para alcanzarla*

Bien lo sabía el bueno y corpulento fraile mendicante. En efecto, casi todos los caminos recorridos por Santo Tomás, los hizo a pie: de Nápoles a Bolonia, de Bolonia a Colonia, de Colonia a París… andando bajo lluvia, frío, sol y calor. ¿Cuántas veces no habrá pensado el Aquinate, al ver los jinetes adelantarle cabalgando en apuestos caballos, en la eficiencia de ese vehículo animal en cuanto un instrumento casi necesario para alcanzar el fin?…

En todo caso, después del significativo ejemplo, sigue la aplicación doctrinal, siempre tan precisa: «De modo semejante los consejos están ordenados a los preceptos no porque sin ellos no se puedan observar los preceptos […] —de hecho, Abrahán, que hacía

Monjes de la Cartuja San Giacomo - Colección privada

Francisco Lecaros

Juan Carlos Villagómez

Unos han sido llamados a la vida matrimonial, otros recibieron la vocación de abandonarlo todo; pero todos tienen la misma meta: Cristo

Francisco Lecaros

A la izquierda, la Sagrada Familia - Museo Nacional del Virreinato, Tepotzotlán (México); a la derecha, «La vocación de San Andrés y San Pedro», de Federico Barocci - Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (España)

uso del matrimonio y de las riquezas fue perfecto delante de Dios, según las palabras del Génesis: "Camina en mi presencia y sé perfecto" (17, 1)—, sino porque con los consejos se alcanza más fácil y expeditamente la perfecta observancia de los preceptos».[11]

Con aquella fineza que le caracteriza, Santo Tomás establece la relación justa entre preceptos y consejos, salvando la posibilidad de ser perfecto en el cumplimiento de la Ley incluso cuando, por vocación, como en el caso de Abrahán, no se abracen las vías de la continencia perfecta, de la pobreza y de la obediencia. Así como el fraile llegó siempre a su lejana meta tras largos trayectos a pie, sin ese instrumento casi necesario llamado caballo, de esa misma forma se puede ser perfecto sin practicar los consejos.

Perfección y seguimiento

Santo Tomás, por otro lado, equipara la perfección al seguimiento de Cristo. Al comentar la invitación del Señor al joven rico, transcrita al inicio de este artículo, así lo explica:

«En esas palabras del Señor hay algo que se pone como camino hacia la perfección, como son las palabras: "Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres", y algo en que consiste la perfección: "Y sígueme". Por ello dice Jerónimo que "dado que no basta con abandonar, Pedro añade lo que es perfecto, es decir: 'Te hemos seguido'". Y comentando ese mismo pasaje: "Sígueme", Ambrosio dice: "Le manda seguirlo, no con pasos materiales, sino con el afecto de su mente, lo cual se realiza mediante la caridad"».[12]

De esa forma, todos los llamados a la perfección, o sea, todos los bautizados, han oído la invitación de Jesús a seguirle. Algunos, como el joven rico, dejándolo todo, otros, como Zaqueo abandonando la vida de pecado y abrazando la fe vivificada por las obras buenas, como la limosna y la restitución (cf. Mt 19, 1-10).

Llamados a recorrer el mismo camino

En conclusión, en estos tiempos tan necesitados de una verdadera renovación espiritual, es necesario redescubrir el valor de la *Teología del seguimiento*, como propuesta evangélica para alcanzar la perfección a que nos invita el divino Maestro. El seguimiento, sin embargo, se nos ofrece en diversas modalidades, no como caminos diferentes, paralelos u opuestos, sino en cuanto modos diferentes de recorrer el mismo camino, que es el mismo Cristo.

Algunos han sido llamados a la vía matrimonial y tienen el mérito de completar el número de los elegidos, legándoles la fe y educándolos en ella. Otros han sido dotados con una vocación más exigente, la de dejarlo todo. Éstos, libres de las preocupaciones del mundo, recorren el camino de la salvación con mayor facilidad, aunque sin olvidar nunca que están al servicio de la Iglesia, para completar su belleza, a modo de portaestandartes de la perfección, dando a todos los ánimos necesarios para no desistir a medio camino, tendiendo continuamente a Cristo, meta y perfección de nuestra vida. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: «La centralidad del seguimiento de Cristo en la santificación del cristiano». In: *A vida religiosa hoje*. São Paulo, Lumen Sapientiæ, 2018, t. I, pp. 11-44.

---

[1] Cf. CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 41.

[2] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 184, a. 1.

[3] Ídem, a. 2.

[4] Ídem, ibídem.

[5] Ídem, ibídem.

[6] Ídem, a. 3.

[7] Ídem, a. 2.

[8] Ídem, a. 3.

[9] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Quodlibet*, IV, q. 12, a. 2.

[10] Ídem, ad 3.

[11] Ídem, ibídem.

[12] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 184, a. 3, ad 1.

Lección viva de la teología

Inigualable erudito, teólogo y filósofo, Santo Tomás de Aquino también fue un gran santo. Uno de sus mayores legados es la profunda piedad eucarística de la que nos dio ejemplo.

Bruna Almeida Piva

Intrigado, fray Domingo de Caserta empezó a observar a un monje que todos los días transitaba por el monasterio a una hora muy particular… Antes de maitines —por lo tanto, de madrugada— salía a escondidas de su celda y regresaba enseguida al escuchar la campana para la oración, a fin de no ser visto.

Resuelto a descubrir el motivo de la «fuga», el celoso fraile siguió una vez al «transgresor»: bajaron las escaleras, atravesaron un pasillo y, finalmente, llegaron a la capilla de San Nicolás, adonde entró el monje. Como tardaba mucho, fray Caserta decidió entrar y lo encontró rezando, ¡suspendido en el aire! Además, escuchó una voz clarísima procedente del crucifijo: «Tomás, has escrito bien sobre mí. ¿Qué recibirás de mí como recompensa por tu trabajo?». El religioso, con candor y sencillez, le respondió: «¡Nada más que Vos, Señor!».[1]

Sí, este ferviente monje fue uno de los mayores genios de la Historia: Santo Tomás de Aquino; un hombre conocido como erudito, teólogo y filósofo, pero que muchos olvidan que fue un gran santo. En este artículo pretendemos señalar, precisamente, un aspecto importante de su alma: su piedad, en especial la devoción eucarística, la sólida base sobre la que cimentó su vida y obra.

El episodio narrado antes ocurrió en los últimos años del Doctor Angélico en esta tierra, cuando estaba terminando de redactar el «Tratado sobre la Eucaristía», inserto al final de su obra maestra: la *Suma Teológica*. Se conjetura que estaba pasando por alguna prueba en relación con sus escritos. Lo cierto es que las palabras pronunciadas por el Salvador bastaron para estampar con «sello» divino todo lo que había afirmado sobre el augusto sacramento del altar.

Conquistado por María desde la cuna

Esta profunda piedad sólo podía tener su origen en el amparo de la Santísima Virgen. Así lo demuestra un hecho encantador, que afortunadamente la Historia ha registrado.

Un día, mientras bañaba al niño, su nodriza se fijó que escondía en su mano un papelito. Vanos fueron los intentos de quitárselo al bebé… Éste lo sujetaba con fuerza, apretándolo contra su pecho, y siempre lloraba cada vez que intentaban abrirle la manita. Esta tenacidad, no obstante, era impropia de su carácter tierno y tranquilo. Cuando su madre logró, por fin, coger el papel, vio que había una sencilla inscripción: *Ave María*. Admirada, la condesa de Caricciolo le devolvió el escrito a su hijo, quien, sin titubear, se lo metió en la boca y se lo tragó, sonriéndole después.

Nuestra Señora había elegido a Tomás como objeto de su predilección desde la cuna, y conquistó su corazoncito para sembrar en él el amor a su divino Hijo.

Entrañada devoción eucarística

Siendo ya sacerdote dominico, su primer acto del día era estar en oración delante del sagrario. Después de maitines, celebraba una misa y luego asistía a otras dos, las cuales casi siempre acolitaba. Comenta Benedicto XVI que, «según los antiguos biógrafos, solía acercar su cabeza al sagrario, como para sentir palpitar el Corazón divino y humano de Jesús».[2]

Cada visita al Prisionero del tabernáculo, cada encuentro de su mirada finita y creada con la mirada eterna y creadora, cada contacto de su inteligencia humana y defectible con la sabiduría infinita y omnisciente, le comunicaba auténticos fulgores de la propia luz divina, que después transmitía en sus escritos.

La unión con Dios alcanzó tal auge en su alma que fue favorecido con el

don de la contemplación infusa, así como el de la levitación y las lágrimas. Tenía éxtasis muy profundos, que a veces duraban horas.

Obra de amor ofrecida a Jesús Hostia

Además de consignar la doctrina con respecto a este sacramento, Tomás fue el poeta por excelencia de la Eucaristía. El oficio y la liturgia que compuso para la solemnidad de Corpus Christi son una verdadera joya que, en la feliz expresión de una obra del siglo pasado, «ya ha desafiado siete siglos, y que tal vez sigamos cantando en la eternidad bienaventurada».[3]

Nadie como él ha conseguido traducir la ciencia eucarística en oraciones e himnos tan hermosos. Con toda razón, Santo Tomás recibió de Pío XI el título de *Doctor Eucarístico*.[4] Su nombre quedará grabado para siempre en el estandarte de la Historia como portador de la mayor obra de amor ofrecida a Jesús Hostia.

Santidad: ¡el mayor legado de Santo Tomás!

Hay ciertas realidades que sólo alcanzan la plenitud del fulgor en su ocaso, a semejanza del sol, que lanza sus más bellos rayos cuando está a punto de retirarse bajo las misteriosas brumas de la noche. Así sucede con las almas que caminan en la presencia de Dios: sus últimos días en esta tierra son los más repletos de bendiciones, pues revelan de forma maravillosa la santidad de toda una vida.

Analizando, por tanto, el final de la peregrinación terrena del Doctor Angélico, podemos saborear ampliamente su amor a Jesús Eucaristía, cuyo fervor ni las glorias del mundo ni las vanidades de la erudición lograron enfriar.

A la edad de 49 años enfermó gravemente durante un viaje. Cuentan sus biógrafos que los monjes cistercienses de Fossanova, donde fue acogido, se disputaban entre sí llevarle la leña a la chimenea que lo calentaba, a fin de tener la oportunidad de convivir con ese maestro que tanto admiraban. Por su parte, fray Tomás les agradecía el favor exponiéndoles sucintamente el Cantar de los Cantares, tal y como se lo habían pedido.

Estando a las puertas de la muerte, pidió el santo viático. Al ver a Jesús Sacramentado entrando en su aposento, exclamó lleno de emoción: «¡Señor! ¿Vos venís a visitarme a mí?». A pesar de su extrema debilidad, se levantó con esfuerzo de su lecho y se postró ante el Santísimo Sacramento durante un largo rato, mientras rezaba el confíteor. Después, se arrodilló e hizo esta conmovedora oración: «¡Cuerpo sacratísimo, precio de mi alma, viático de mi peregrinación!… Por vuestro amor, Jesús mío, he estudiado, he predicado, he enseñado y he vivido. Mis días, mis suspiros, mis trabajos han sido para Vos. Todo cuanto he escrito, lo he hecho con la recta intención de agradaros. Sin embargo, si hubiese alguna cosa no conforme con la verdad, yo lo someto todo a la autoridad de la Iglesia Romana en cuyo seno y obediencia quiero morir».[5] Apenas comulgó, entró en un profundo éxtasis.

* * *

Muchas fueron las obras doctrinarias de este glorioso santo. Sin embargo, ninguna de ellas se compara a su ejemplo de virtud. Mirando, pues, al genio de Aquino, sepamos extraer no sólo la erudición de su pensamiento o la sabiduría de sus palabras, sino sobre todo dejémonos empapar por su devoción eucarística, a fin de que participemos de la recompensa demasiadamente grande de la cual goza ahora en el Cielo. ✧

Francisco Lecaros

Cada visita al Prisionero del sagrario le comunicaba a Santo Tomás auténticos fulgores de la propia luz divina, que después transmitía en sus escritos

Santo Tomás de Aquino - Museo Diocesano de Arte Sacro, Vitoria (España)

---

[1] GUILHERME DE TOCCO. *L'histoire de Saint Thomas d'Aquin*. Paris: Du Cerf, 2005, p. 85.

[2] BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 23/6/2010.

[3] FARREL, OP, Walter; HEALY, STD, Martin J. *El libro rojo de Dios, según Santo Tomás de Aquino*. Pamplona: Don Bosco, 1979, p. 598.

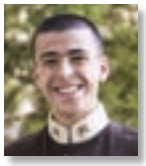
[4] PÍO XI. *Studiorum ducem*.

[5] SAINZ, OP, Manuel de M. *Vida del angélico maestro Santo Tomás de Aquino, patrono de la juventud estudiosa*. Vergara: El Santísimo Rosario, 1903, p. 177.

Gabriel-Antoine Mossier

Un soldado de María

Pobre Gabriel… Aún no sabía que, mucho más duro que derrotar a un enemigo en el campo de batalla, es vencerse a sí mismo en el altar de la santidad.



Thiago Resende Barbosa

Pocos relatos resultan tan fascinantes como los que narran las misteriosas relaciones entre Creador y criatura, sobre todo cuando manifiestan la sublime paternidad divina, dispuesta a todo para salvar al hijo pecador.

Tales descripciones, sin embargo, se vuelven más admirables cuando en ellas está presente —discreta, pero acogedora e insistente— la figura augusta y maternal de aquella que, siendo Madre de Dios, también es Madre de los hombres: María Santísima. Entran en escena una santa persecución, en la cual la Señora de las misericordias se convierte en perseguidora, y el hijo descarriado, por muy esquivo que se revele, en el blanco de su rebosante afecto.

Todo esto lo encontramos en una historia iniciada el 25 de agosto de 1835.

El despuntar de una vocación

Hijo de una piadosa familia de la región francesa de Auvernia, Gabriel-Antoine Mossier era sin duda un alma dilecta. Cuando tenía alrededor de 12 años fue matriculado en Billom, un renombrado colegio jesuita cuyo origen data del siglo XV. En este centro de enseñanza conoció a otro joven de su edad, Víctor Bosdure, con quien entabló una fraternal relación, que duraría hasta el final de sus vidas.

Como era costumbre en los colegios de la Compañía de aquellos tiempos, al comienzo del año escolar se les predicaba a los alumnos un retiro, siempre ocasión de innumerables gracias. Terminado el recogimiento, mientras conversaban acerca de las mociones interiores recibidas, los dos amigos decidieron exponer un pensamiento que ya no conseguían guardar: ¡qué querían ser de mayores!

Sin dudarlo, el joven Gabriel decidió unirse al Ejército francés

Dragón francés con la bandera prusiana capturada en la batalla de Jena-Auerstedt - Museo del Ejército, París

Impulsados, no obstante, por el gusto a lo secreto que suele constatarse en las almas pueriles, para no revelarlo de inmediato y, al mismo tiempo, garantizar que un día pudieran conocerlo, acordaron escribir sus planes en sendas notas y esconderlas en un agujero de la pared. Las dejarían allí hasta que un día, de vuelta a Billom, pudieran comprobar su elección.

Ahora bien, como era previsible en muchachos poco habituados aún a las largas esperas, apenas hubieron guardado los papelitos, se dispusieron enseguida a recogerlos, abrirlos y leer su contenido.

En el de Víctor estaba escrito: «Seré misionero». En cuanto al de Gabriel, no revelaremos ahora su tenor; dejemos que el tiempo y la historia lo hagan por nosotros.

La carrera militar

Los años pasaron y con ellos la etapa colegial. Llegó el momento de la decisión, pero ésta, Mossier la había tomado hacía mucho tiempo.

Su ímpetu, su pasión ecuestre, su ardiente patriotismo y sus altas pretensiones sólo le podrían proporcionar un camino a seguir. Sin dudarlo, presentó a sus familiares su determinación a ingresar en el Ejército fran-

cés. Recibido el consentimiento, marchó para alistarse en el mismo cuerpo que, años antes, había visto desfilar en el campo de maniobras de Clermont: el Regimiento 3.º de dragones. Su rápida adaptación, acompañada de una gran alegría, parecía indicarle que había encontrado el lugar adecuado y que se dirigía hacia un futuro prometedor. Sin embargo, antes de que los primeros vientos del éxito inflaran las velas de aquella frágil embarcación, María Santísima le preparaba, maternal y amorosamente, una tempestad.

Cuando parecía que todo concurría para que el joven Gabriel fuera ascendido, cayó en cama sin fuerzas para proseguir su carrera. Había sido víctima de una epidemia de fiebre tifoidea y caminaba inexorablemente hacia la tumba. Avisada de esta noticia, su madre decidió acercarse al lecho de su hijo moribundo, a fin de rogarle a la Santísima Virgen que lo curara. Tan pronto como escuchó el santísimo nombre de María, el delirante Gabriel pareció revivir y, comenzando a mover los labios, se unió a las súplicas de su madre. Las oraciones de ambos fueron atendidas: en poco tiempo, ya se encontraba de nuevo con su vigor natural. No obstante, espiritualmente se vio todavía más fortalecido por la insigne prueba de desvelo y amparo maternales que la Reina del Cielo le había dispensado.

Pese a esa profundización en las relaciones con María, la principal meta de Mossier estaba muy lejos de lo que su Madre celestial le deseaba. El anhelo por subir, realizarse y ser un gran oficial constituía una idea fija que dominaba sus pensamientos y a la cual dedicaría todas sus fuerzas. De hecho, su ascenso no tardó en llegar…

En 1854, siete meses después de ingresar en el ejército, el joven de 19 años fue elevado a cabo, un rango humilde entre la tropa, pero con el que, al otorgarle los anhelados galones y el mando sobre unos pocos hombres, se dirigía en línea recta hacia tan ansiado objetivo.

En 1861, lo vemos radiante de entusiasmo y con ojos brillantes de contento vistiendo su nuevo uniforme de subteniente. ¡Por fin, ya era un oficial! ¿No ostentaría pronto el título del general más grande que Francia haya conocido jamás? Tal vez sí, aunque el futuro aún le reservaba muchas sorpresas.

Un amigo fiel

Tras su nombramiento, Gabriel Mossier resolvió pasar un tiempo en casa de su familia a fin de reponer las energías y amenizar su añoranza. Cierto día, le llegó una carta de su viejo, mas cuán estimado y fiel amigo, Víctor Bosdure, invitándole a la ceremonia en la que haría su profesión religiosa y se convertiría en carmelita. Evidentemente, el oficial aceptó comparecer.

Mossier se hospedó en el propio monasterio. Al llegar a su celda, inició inmediatamente una minuciosa revista. ¡Qué diferente se veía aquello! Una habitación pobre y casi sin amueblar albergaba en sus paredes algunas imágenes piadosas. En la cabecera de la cama, un gran Cristo de ojos tristes y dulces fijaba su mirada en el huésped. Debajo de éste vio una disciplina, bastante gastada, ciertamente olvidada por el buen monje que había ocupado el cuarto. El panorama de la vida religiosa se abría ante sus ojos: hermoso, pero duro; elevado, aunque exigiendo completa humildad; admirado por muchos, abrazado por pocos… Mientras se sumergía en estas consideraciones, un discreto «quién sabe» escapaba de sus labios.

A la mañana siguiente tuvo lugar la ceremonia. Entre tanto Víctor hacía su profesión los sentimientos traicionaban al soberbio oficial que, acordándose del episodio de Billom y de la fidelidad de su amigo a la gracia, no podía contener la emoción ante el be-

Foto: Reproducción

Mossier pronto fue ascendido a cabo y luego a teniente; sin embargo, el ideal de la vida religiosa comenzaba a despuntar en su alma…

Arriba, Gabriel Mossier como teniente del Regimiento 3.º de dragones; abajo, un cabo francés del mismo regimiento en la década de 1830

llo ejemplo que se le presentaba. Desafortunadamente, sabía que no se podía decir lo mismo de él.

De todos modos, en 1867, Gabriel fue nombrado teniente. Más que nunca, estaba decidido a continuar su brillante carrera.

La guerra

¡Año 1870!, una fecha que marcaría la historia de Francia para siempre y, con ella, también la de nuestro oficial, ya que empezaba la terrible guerra franco-prusiana. La noticia salía al encuentro de sus más ardiente y fogosos deseos. ¡Para eso había nacido!

Durante la larga jornada que lo separaba del campo de batalla, muchos pensamientos asaltaban su mente. En primer lugar, claro está, los jubilosos anhelos que tenía acerca de la guerra. Sin embargo, otras cogitaciones —discretas, pero penetrantes— también le sobrevenían y pesaban en su conciencia. ¿No había podido constatar la misteriosa predilección que existía sobre él por parte de María Santísima? ¿Acaso no trazó otro destino para su vida cuando en Billom escribió aquella nota? ¿No era en otro sitio donde la Providencia lo estaba esperando?

Una visita al Cielo

Como todo cristiano, Gabriel sabía que con la muerte no se bromea. Por eso le rezaba a la Virgen para que le concediera la oportunidad de enmendarse de verdad, mediante el sacramento de la Confesión, antes de que llegara el momento del enfrentamiento.

En determinado momento de la extenuante marcha, su división tuvo que hacer una pausa para, además de recuperar fuerzas, informarse de la ruta que tenían que tomar, misión que quedó a cargo del teniente Mossier. Mientras interrogaba a los habitantes del lugar, se enteró de la existencia de un monasterio trapense en los alrededores. Era exactamente lo que estaba buscando. Después de presentarle al comandante la información que había obtenido, Gabriel le pidió permiso para pasar la noche, junto con otro soldado de su amistad y confianza, en la Trapa del Monte de los Olivos. Ambos se marcharon enseguida.

Recibidos por el padre hospedero, le solicitaron que los confesara, tras lo cual se retiraron a las celdas asignadas. ¡Ah, cuánta paz! A las dos de la madrugada se despertaron, no al toque de la corneta para emprender una nueva marcha, sino al sonido de las campanas, que invitaban a alabar al Señor. Acomodados en la iglesia, pudieron sentir la viva y profunda emoción de escuchar aquellos cánticos celestiales entonados por hombres que se semejaban a ángeles. ¡Aquello era la antecámara del Cielo!

Cuando dejaron el «paraíso terrenal» para volver al valle de lágrimas, recogidos y mudos, parecían como transformados. Rasgando el silencio, Gabriel le confió a su amigo que había oído una voz interior que lo llamaba a esa vida. Era el mismo timbre que, otrora, le había hablado al corazón en su primer retiro, el mismo que a los 12 años lo llevó a escribir en su nota: «Seré trapense». El tiempo había pasado, el niño había crecido, pero el llamamiento se mantenía. Esto no podía continuar así, concluiría el teniente de 35 años.

Con todo, el deber de luchar por Francia le haría prorrogar un poco más su entrega. El voto, no obstante, estaba hecho: si regresaba vivo de la guerra, se haría trapense.

Reproducción

Después de aquella noche en la Trapa del Monte de los Olivos, Gabriel hizo un voto: si volvía con vida de la guerra, se haría trapense

Escena de la batalla de Gravelotte, de Alphonse-Marie-Adolphe de Neuville - Museo de Orsay, París

Fotos: Reproducción

Si Gabriel Mossier abandonó el Ejército fue porque se supo llamado a unirse a la falange incomparablemente más gloriosa de los soldados de María

Aspectos de la Trapa de Chambarand a finales del siglo XIX

El fin de la guerra

El Regimiento 3.º de dragones emprendió su ofensiva dejando tras de sí un reguero de valentía y sangre, a pesar de los resultados negativos que la campaña venía arrojando, hasta que en la mañana del 16 de agosto llegó el momento soñado por Mossier: acometer con una carga de caballería. En Gravelotte, se encontraron ante las tropas enemigas. Sable en mano, ahí estaba Gabriel que, al grito de «¡Viva Francia!», se lanzó con todo su furor sobre las filas prusianas. ¡Qué duro fue para nuestro joven el ver arruinados sus sueños!

Si bien que, tras largos meses prisionero, Gabriel volvió a Francia y en 1872 fue ascendido a capitán. Pese a su fracaso en la guerra, su carrera aún parecía muy prometedora. Pero… ¿y su voto?

La gran decisión

De lo alto del Cielo, la paciente Madre ya no podía esperar más por su extraviado hijo. ¡Iría definitivamente a su encuentro! Un día, el capitán Mossier se hallaba solo en su habitación cuando, de repente, le pareció oír la voz, dulce, suave y ya familiar, de la Santísima Virgen. Le decía, en el fondo de su alma: «He dejado pasar a Francia delante de mí, pero ha llegado mi hora. Me hiciste una promesa, empeñaste tu palabra de caballero, querías ser mío». Y concluía: «Todas tus esperanzas de revancha, de gloria, de ascenso, son vanos pretextos para ocultar tu cobardía».[1]

Cobardía… ¡De qué manera retumbó esto en su corazón! Mossier y cobarde eran dos términos que parecían irreconciliables. ¿No era él el audaz soldado que había luchado intrépidamente en la batalla de Gavelotte? ¿Cómo podía un oficial tan valiente reconocerse débil? Pobre Gabriel… No sabía aún que mucho más duro que derrotar a un enemigo en el campo de combate era vencerse a sí mismo en el altar de la santidad. Recibía ahora esta lección y, con todo cariño, pero también con mucho dolor, estaba dispuesto a aceptarla.

Se pasó la noche entera rezando para pedir fuerzas. Al día siguiente su vida era otra. Desvinculándose del mundo y de sus engañosas esperanzas, fue en busca de la Trapa más humilde de Francia. En poco tiempo ya la había encontrado: Chambarand.

Al ingresar en la Orden insistió en mantenerse como un simple monje sirviente, lejos de las glorias del sacerdocio, deseoso de vivir desconocido de todos, pero recordando siempre a aquella que nunca le había olvidado. Había muerto Gabriel-Antoine Mossier y nacía el Hno. Marie-Gabriel. Si por el orgullo se había hundido, por la humildad resurgía del lodo del pecado. Y, para ello, aplicaría toda su formación militar en la lucha contra el hombre viejo.

Finalmente, el 10 de abril de 1897 terminaba la peregrinación terrena de un alma que, perseguida por el amor materno de María, supo decir sí a la gracia, abandonarlo todo y seguir el llamamiento de Dios. Su fama de santidad ya se había extendido no sólo dentro del monasterio, sino por toda la región de Chambarand.

Si Gabriel Mossier abandonó el Ejército fue porque se supo llamado a unirse a la falange incomparablemente más gloriosa de los soldados de María, héroes de la virtud y conquistadores del Cielo. ✧

---

[1] DU BOURG, Antoine. *Du champ de bataille à la Trappe: le Frère Gabriel*. Paris: Perrin, 1939, pp. 72-73.

Dios quiere convivir con nosotros

Si el Niño Jesús nos regalara un objeto hecho con sus propias manos, no nos daría un don más precioso que cuando nos concede una única gracia…

Hna. Luisa Gurgel de Melo, EP

El trabajo, las preocupaciones, las desgracias, los logros, los sueños de realización y las distracciones de todo tipo suelen acaparar toda nuestra atención, sumergiéndonos en una viciosa y constante disipación…

Ahora bien, dicen las Escrituras: *Non in commotione Dominus* (1 Re 19, 11), el Señor no está en la agitación. Absorbidos por el torbellino de las inquietudes terrenales, acabamos apartándonos de Dios y nos olvidamos de que en esta tierra no estamos por otro motivo más que el de conocerlo, servirlo y amarlo.

Nuestra alma es un terreno sagrado en el cual el Altísimo siembra su gracia (cf. Mt 13, 18-23), pero cuya fertilidad o aridez depende de nuestro cuidado. Y éste no nos exige que abandonemos nuestros deberes diarios, sino que sepamos, en medio de ellos, elevar nuestros corazones.

Más preciosa que un regalo del Niño Jesús

Es común que nuestras mentes «industrializadas» imaginen que Dios posee un arsenal de gracias ya creadas, agrupadas y almacenadas por «categorías», listas para ser derramadas sobre nosotros según ciertas necesidades predeterminadas, como, por ejemplo, una enfermedad o la pérdida de un ser querido…

Sin embargo, la buena teología católica nos enseña que Dios crea para cada persona y en cada circunstancia sus gracias, que son específicas y únicas. Son regalos hechos, por así decirlo, a medida y personalizados para cada uno de nosotros. Si el divino Niño Jesús, en el taller de San José, fabricara algún artículo de madera y nos lo obsequiara, ¡no nos daría un regalo tan precioso como cuando nos concede una gracia!

El cultivo de las gracias que hemos recibido es, por tanto, un punto central para nuestra vida espiritual. Correspondiendo con amor a estas caricias divinas pronto nos conformaremos a Dios y nos santificaremos, mientras que si las despreciamos terminaremos convirtiéndonos en verdaderos ateos prácticos en el camino de la perdición.

Tan grande era el amor de María Santísima que todo lo que la rodeaba le servía de ocasión para dirigirse hacia el Señor, en medio de cualquier actividad

«Sagrada Familia» - Museo de la Misericordia, Oporto (Portugal)

Elevación de espíritu y trascendencia

Cuidar bien el tesoro de la gracia divina y, sobre todo, tener el alma siempre abierta para recibirla, supone de nuestra parte una predisposición. En efecto, el Señor no les echa perlas a los cerdos (cf. Mt 7, 6) y se comunica poco

con los que no le dan valor a la vida sobrenatural.

La voz de la gracia, además, no daña el libre albedrío humano; no grita, sino que susurra en el fondo de las almas. Las que están atentas a los alaridos del mundo no son capaces de oírla ni pueden, pues, obedecerla.

Predisponerse para corresponder a este don celestial significa mantener el espíritu recogido, no sólo en los momentos de oración o meditación, sino principalmente durante nuestros quehaceres, en los que invertimos la mayor parte del tiempo. No es justo que le dediquemos al Señor únicamente una parte de nuestra atención; ¡Él tiene derecho sobre toda nuestra existencia! Entonces, sin dejar de dar «al César lo que es del César», hemos de dar «a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21).

Es necesario trascender de las realidades materiales hacia las sobrenaturales para que la gracia pueda actuar en nosotros

«La visión de Dionisio Rickel, el Cartujano», de Vicente Carducho - Museo del Prado, Madrid

¿Y cómo podemos hacerlo? Trascendiendo nuestro entendimiento de las cosas materiales hacia las realidades sobrenaturales. Las tareas prácticas, siempre que no sean contrarias a la moral y se realicen con la debida disposición de espíritu, pueden servir continuamente como pretexto para pensar en asuntos más elevados y, por consiguiente, dar a la gracia la oportunidad de transformarnos. Así como todo es malo para los que tienen la mente corrompida (cf. Tit 1, 15), todo tiene relación con Dios para quienes lo aman verdaderamente.

El mayor ejemplo de la Historia

Un preciosísimo ejemplo de este recogimiento nos lo dejó, hace más de dos mil años, la propia Madre del Creador, Trono de la Sabiduría, Espejo de todas las perfecciones divinas: María Santísima.

Según nos cuenta una sana tradición, desde su más tierna infancia Ella, que sería el Tabernáculo de Dios entre los hombres, se dedicó al servicio del Templo. Allí se empleó en los más variados oficios, como la limpieza del recinto sagrado, la costura y el bordado de ornamentos destinados al culto, la conservación del material litúrgico.

No obstante, lejos de distraerse con tales obligaciones, mientras las llevaba a cabo pensaba en Dios y en el Mesías que habría de venir. Tan grande era su amor que todo lo que la rodeaba era ocasión para dirigirse a su Señor, hacerle una súplica o incluso consolarlo con el ofrecimiento de algún sacrificio, por pequeño que fuera. Estuviese leyendo pasajes de la Sagrada Escritura, o bien discerniendo la acción de la gracia en un alma, o incluso embelesándose con una flor y contemplando el vuelo de un pajarito, su alma se encontraba siempre conviviendo con Dios.

Más tarde, teniendo que volcarse en atenciones y cariños para con el divino Infante y ocuparse, por tanto, con el máximo celo de las tareas domésticas, ni por ello se rindió a la agitación. Dicen las Escrituras: «María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19), porque su principal preocupación era servir a Jesús con su ardiente caridad.

Debido a este estado de espíritu, la Virgen le ofrecía a Dios la posibilidad de realizar en Ella maravillas, de revelarle misterios inefables y de comunicarle a cualquier momento los torrentes de su gracia. En esta escuela de convivencia, María alcanzó la plenitud de unión con el Creador en esa escuela de convivencia con Él, hasta el punto de llegar a convertirse en su propia presencia entre los hombres.

El gozo celestial vivido en esta tierra

A primera vista, a un hombre del siglo XXI le podría parecer muy laboriosa la manera de actuar de la Virgen; aunque esto no se corresponde con la realidad. El camino recorrido por Ella es simple y accesible a todo el que, de buena voluntad, se encomienda a su maternal intercesión y se dispone a caminar bajo las alas de la sublimidad. Además, es el propio Dios quien más desea y trata de entrar en contacto con nosotros constantemente. Basta que no cerremos nuestro corazón y estemos atentos a las invitaciones que Él nos ofrece cada día.

Desde el momento en que hagamos este sencillo esfuerzo, experimentaremos en nuestro interior la mayor felicidad que se puede lograr en esta tierra: el contacto de «alma a alma» con Dios, gozo que sólo su amor infinito y esa cercanía a Él pueden darnos. Así pues, pidámosle al Inmaculado Corazón de María que nos conceda luces y fuerzas para seguir sus pasos y convertirnos en dignos receptáculos de la gracia divina. ✧

Llamado a prestar un gran servicio a la Iglesia

A las almas destinadas a una vocación especial, la Providencia les reserva un camino de negaciones. También la vida del Dr. Plinio transcurrió marcada por difíciles luchas interiores, rumbo al cumplimiento pleno de su misión.

Plinio Corrêa de Oliveira

Hay dos posiciones de Dios con relación a los hombres. Unos entran en lo que llamamos providencia general; otros, en lo que denominamos providencia especial.

Providencia general y especial

La Providencia divina es aquella suprema perfección de la sabiduría por la cual Dios conduce los acontecimientos. En vista de cómo son las cosas, Él las dispone de acuerdo con su plan respecto de cada criatura.

La gran mayoría de los hombres es conducida por Dios según la providencia general. Es decir, al individuo común, Él le proporciona una vida normal, concediéndole recursos ordinarios e intelecto suficiente para utilizarlos a fin de proveer sus necesidades.

Sin embargo, a otras personas el Altísimo les tiene reservada una vocación especial, conduciéndolas de un modo peculiar. Ya que es un llamamiento especial, también les da un cuidado propio, que no es el ordinario.

La persona puesta bajo una providencia especial tiene habitualmente una noción, cuando menos confusa, de los designios divinos que le conciernen. En las Escrituras tenemos el caso del profeta Samuel, a quien Dios llamó tres veces. No obstante, pensaba que sería Elí, el pontífice del Templo… En una cuarta ocasión, al oír: «Samuel, Samuel», el profeta contestó: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3, 10). Así también delante de esos impulsos primeros que nos llaman, podríamos responder: «Señor, ¿dónde estáis? ¡No os veo!».

Un llamamiento para algo sublime

En este mismo sentido, el problema que yo tenía en mi juventud era, prácticamente, vocacional y se expresaba de la siguiente manera.

Desde pequeño sentía un llamado a algo grande… Lo sentía muy acusadamente, pero no sabía definirlo. Tenía claro que debía llevar una vida diferente a la de los otros. Era muy consciente de que yo «rebosaba de mi cuerpo» y que en mi camino había realizaciones enormes, luminosas, magníficas, que implicaban sacrificios para los cuales necesitaba prepararme, pero también victorias que me llenarían de alegría.

La gran mayoría de los hombres es conducida por Dios según la providencia general; para otras personas el Altísimo tiene un llamamiento especial

Acompañado a eso, experimentaba una especie de horror de que dichos pensamientos no se confirmaran en mí y que tendría que acomodarme completamente al padrón de vida de cualquier hombre de mis condiciones, en mi tiempo. Sentía una especie de asfixia con ese pensamiento.

«Encontré mi camino»

Fue un «destaponar», algo magnífico, el día bendecido en el que pasé por la plaza del Patriarca[1] y encontré el aviso de la realización del Congreso de la Juventud Católica. ¡Fue un clamor! Un montón de cosas que creía inviables, de repente, se me presentaban a borbotones.

Imagínense a un joven que llega a los 19 o 20 años, mas ya muy maduro y sufrido para su edad, buscando un objetivo que no se realiza. Y que por esa razón tiene la impresión de que todo el futuro deseado está comprimido, está apretado con las manos.

De pronto, pasa por un sitio, ve algo y ¡aquella ventana se abre! Bien pueden hacerse una idea de la alegría de alma que eso da.

A partir de ahí, sucesivas alegrías con el Movimiento Mariano, la fundación de la Liga Electoral Católica, mi elección como diputado de la Asamblea Nacional Constituyente… Todo yendo en un vuelo continuo y diciéndome a mí mismo, con deleites para mi alma: «He encontrado el camino. En adelante toca batallar afanosamente, no cabe duda, pero ésa es la vía».

Las dificultades son la señal de que la vocación es amada por Dios

Ahora bien, después de ese movimiento ascensional, cuando yo tenía por entonces 25 o 26 años, todo lo que parecía que me iba a construir una vía despejada quedó en nada o, por el contrario, me hacía volver al punto de partida, haciéndoseme imposible lo que yo quería. Se puede comprender el tormento que eso suponía.

Empecé a percibir ese desmoronamiento de la mitad al final de mi mandato como diputado. Consistió en la quiebra del patrimonio de mi familia, en el empobrecimiento y en la necesidad de trabajar para vivir, cuando lo que yo deseaba era dedicar todo mi tiempo y esfuerzos a hacer apostolado.

De ahí el tormento: «¡¿Así que sólo es eso?! ¿Todo ha sido una ilusión? ¡¿Mi vida será la de un abogado que va al Juzgado, toma nota para preparar unos argumentos para su cliente —porque éste se ha peleado con otro— y hace la defensa de sus derechos en cuestiones sin importancia?! ¡Mi alma entera se vuelca en otros objetivos! Aunque consiga dinero con esa carrera —y eso es dudoso—, no nací para ganar dinero. ¡Nací para otra cosa!».

Además, hasta esa ocasión yo había tenido una salud de hierro. Pero surgieron algunos inconvenientes, a los que luego la Providencia puso fin.

Por ejemplo, las neuralgias que me acometieron en ese momento. A las dos o tres de la mañana me despertaba y me quedaba sentado, con un fuerte dolor de cabeza, como si tuviera metido un clavo en la frente del lado izquierdo, y el tiempo pasando… Oía los relojes del hotel y de la iglesia dando las horas, y yo, sentado, meditando en esos infortunios y aguantando el «clavo». Entonces, al sentirme exhausto, dormía con el peso de la opresión que me preocupaba.

Reproducción

El Dr. Plinio en una conferencia en 1989

Dios da una vocación muy grande y después provee situaciones con las cuales no se contaba, haciendo parecer que nos abandonó…

Después comencé a darme cuenta de la crisis religiosa y política que minaba el camino que tenía por delante. Luego el terror y la asfixia de la ilusión: «Eso no ha sido más que un embuste, un sueño, un bluf. Resígnate a la voluntad de Dios, el cual desea que sufras ese bluf. Aguanta como puedas, porque Dios así lo quiere. ¿Tiene Él o no derecho a quererlo? Quien decide tu futuro es Dios, ¿o tú? Y si las cosas ocurren de otra manera sin culpa tuya, ¿tienes o no la obligación de aceptarlo, de curvarte y de estar satisfecho?».

Yo era esclavo de María; por lo tanto, tenía que aceptar mi futuro con resignación tal como se abría ante mis pasos. Tenía que comprimir en mi alma esos vuelos, esos deseos, esas elevaciones como algo inaceptable, que no expresaba la voluntad de Dios. Y si era el deseo del Altísimo, necesitaba volver «hacia adentro de mi mundo» o incluso irme a un «mundo» más pequeño que aquel en el que había nacido.

Es difícil calcular el ahogo de alma, el desconcierto que esa situación me provocaba.

En realidad, Dios da una vocación muy grande y luego aparecen las dificultades. El hecho de que surjan esas dificultades no significa que no se tenga vocación. Al contrario, es una vocación muy amada por Dios, en el curso de la cual Él provee circunstancias que uno no quería, situaciones con las que no contábamos, haciéndonos creer que nos ha abandonado… Pero también hay un movimiento interno de alma que nos dice: «No, la Providencia no nos abandonó. ¡Sigamos adelante!».

«¿Debo ser una víctima expiatoria?»

Además de eso, existía otro problema. Había leído el libro *Historia de un alma*, de Santa Teresa del Niño Jesús, cuya narrativa me impresionó profundamente. Ella parte de la idea de que no se puede hacer para la Iglesia Católica nada más útil que ser una víctima expiatoria del amor misericordioso de Dios. Es decir, los hombres pecan y es necesario que otros les ayuden a expiar sus pecados; de tal forma que con nuestro sufrimiento Dios perdone a otros y conquiste otras almas, dándoles gracias muy grandes, porque hemos sufrido nosotros.

Santa Teresa quería morir así, como víctima expiatoria por las almas de los demás; y fue atendida. Y yo me planteaba la siguiente cuestión: «Quién sabe si Dios quiere que yo sea una víctima expiatoria, ignorada por todos. Noto que tengo posibilidades, recursos, quizá hasta posea talentos para ser un hombre fuera de lo común y prestar un gran servicio a la Iglesia, aunque podría estar condenado a ser corriente, siguiendo a distancia la trayectoria de otro que recorre un camino luminoso. Camino seguido por el otro, porque soy la víctima que carga con la cruz de él. ¿No seré acaso más útil a la Iglesia y a la Contra-Revolución hundiéndome así en el sufrimiento y en el anonimato que emprendiendo la galopada heroica de la cruzada que querría realizar? Luego, ¿qué debo esperar de Dios para mi vida?».

Como toda mi inclinación tendía a no ser la víctima expiatoria, sino el hombre que camina hacia el campo de batalla a fin de luchar, creía, pues, que estaba haciendo un sacrificio especialmente grande al aceptar ser lo contrario de lo que quería. Serviría mejor a la Iglesia en mi aniquilación que en mi realización personal. Entonces tenía que aceptar y volver a «mi propio mundo», rindiéndome a la dura realidad de los hechos. ¿Qué quería Dios de mí?

Sorpresas difíciles en la línea de vocación

Me preguntaba: «Esta dolencia que provoca las neuralgias, ¿no será, de repente, un cáncer u otra enfermedad cualquiera que le quita a uno la vida pronto, para que otro gane la batalla que tanto anhelas vencer? Ahora bien, quiero ver yo cómo es tu amor a Dios.

> *«Quién sabe si Dios quiere que yo sea una víctima expiatoria, como Santa Teresa. ¿Qué debo esperar para mi vida?»*

Santa Teresa del Niño Jesús en 1896

Estabas muy contento siendo alguien. ¿Tendrás el mismo coraje de ser nadie? ¿Aceptas eso? ¿Hasta qué punto eres un hombre serio? Si fueras serio, lo aceptarías. Si no, tan sólo quieres representar un papel. Entonces no vales nada, no amas a Dios y mereces ser olvidado por Él sobre la faz de la tierra».

A menudo, en la vocación aparecen sorpresas difíciles de aguantar. La Providencia nos lleva por un camino, pero nos da la impresión de que nos hemos equivocado de recorrido y de que las vías de Dios tal vez sean otras. Sin embargo, esa es la señal de que Él quiere llevarnos por ahí.

Por otra parte, la idea de ofrecerme así me disgustaba. Hice el ofrecimiento, pero me parecía que algo no estaba bien hecho…

Me hallaba en esa situación cuando veo que, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, situada cerca del hotel donde me hospedaba en Río de Janeiro, se estaba realizando una feria de libros. Encontré algunos que me interesaron y los compré. Me llamó la atención especialmente uno cuyo título era *El libro de la confianza*.

«Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia»

No pueden imaginar el efecto que me causó en el espíritu cuando lo abrí —no recuerdo si en el momento o al llegar al hotel— y leí las primeras frases: «Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia que resonáis en el silencio de los corazones, vos murmuráis en el fondo de nuestras conciencias palabras de dulzura y de paz». Un apaciguador efecto magnífico se hizo sentir en mi alma.

Después el autor continúa exponiendo, más o menos en estos términos, la siguiente doctrina: Dios puede hacer que una persona camine por las vías más duras e imprevistas, pero, si atendemos a la voz de Cristo en nosotros

—voz misteriosa de la gracia—, ella murmurará en nuestras almas palabras de dulzura y de paz.

Lo que nos revienta y desmenuza, en la gran mayoría de los casos, no es el camino que debemos seguir. Habrá un movimiento interno en nuestras almas que nos dará confianza de que será de otra manera y nos conducirá adonde nuestros primeros anhelos nos llevaban.

Ese libro produjo en mí un efecto maravilloso porque, en último análisis, daba exactamente la idea de que, al estar bajo una providencia especial y rogando a Dios, nuestro Señor, invocando la intercesión de aquella que lo puede todo ante Él: Nuestra Señora, yo sería atendido.

El Dr. Plinio con ocasión de un evento en el Liceo Corazón de Jesús, São Paulo, a mediados de 1933

Puente bendito que ayudó a cruzar muchos abismos

Y me decía a mí mismo: «Finalmente, yendo y viniendo, de una forma u otra, aquello que deseo se realizará. No estoy llamado al camino de Santa Teresa. Me siento más bien llamado para la vía de Godofredo de Bouillon. Vamos adelante, por encima de palos y piedras, por montes, valles y colinas… Vaya por el camino que vaya y dé con los desvíos aparentes que dé, debo confiar, confiar, confiar… "Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia que resonáis en el silencio de los corazones, vos murmuráis en el fondo de nuestras conciencias palabras de dulzura y de paz". Dulzura y paz me trae esto. Voy a rezar, pedir, rezar, pedir…».

«Vamos adelante, por montes, valles y colinas… Vaya por el camino que vaya y dé con los desvíos aparentes que dé, debo confiar»

De ahí me venía una pregunta: «Pero ¿no estarás equivocado? ¿No será que si te quedas callado y eres heroico, no pidiendo nada a Nuestra Señora, realizarás más que pidiendo? Pidiendo, Ella da. No obstante, a veces Ella concede lo que no querría dar. No pidas nada y deja que todo ocurra».

No supe resolver el problema y entonces pensé de la siguiente manera: «Pediré, pero con la condición de que se haga su voluntad y no la mía. Si la voluntad que hay en mí es también la de Ella, ¡hágase! Yo pido, pido, pido».

Encontré un equilibrio en medio de un torbellino espantoso.

El libro de la confianza fue el puente admirable y bendito que me ayudó a cruzar no sé cuántos abismos, hasta encontrar una señal que realmente me indicara que estaba en el camino correcto y yendo hacia adelante. ✧

Extraído de: *Conferencia*. São Paulo, 13/5/1989.

---

[1] Situada en el centro antiguo de São Paulo.

Vista del puente Bastei - Alemania

Je-str (CC by-sa 4.0)

Destinada al combate y a la victoria

Reproducción

Eduvigis aprendió del divino Maestro a dispensarles a las criaturas un amor puro y sobrenatural, que la hizo luchar virilmente por el progreso de la Santa Iglesia y por la santificación de las almas en su tiempo.

Hna. Giovana Wolf Gonçalves Fazzio, EP

«Mujer destinada al combate y a la victoria», he aquí lo que quiere decir *Eduvigis*. La duquesa de facciones finas y porte delicado hizo justicia al significado de su nombre, porque supo librar la lucha de la resignación ante los designios de Dios y enfrentar con virilidad los sufrimientos que asolaban su país, por cuyo motivo la llamaron «mujer fuerte del Evangelio».

Flor de la nobleza europea

Eduvigis fue la segunda hija de Bertoldo IV, conde de Andechs, Meran y Tirol, e Inés, hija del conde Rotlech, marqués del Sacro Imperio, cuya genealogía se remonta hasta el propio Carlomagno.

La pareja tuvo seis hijos más, entre ellos Inés, que se casó con Felipe Augusto, rey de Francia, y Gertrudis, que se desposó con Andrés, hijo de Santa Isabel de Hungría y rey de esta nación. Tales matrimonios le proporcionaron a Eduvigis relacionarse con varias de las casas reales europeas.

Infancia impregnada de inocencia y castidad

No se sabe el día exacto del año de 1174 que vio nacer a Eduvigis. Niña de carácter extremadamente afable, pero muy serio y noble, desde la cuna demostró una enorme inclinación hacia la inocencia y la castidad, cualidades tan raras en los faustos círculos de la corte y que ella conservaría toda su vida.

Al cumplir los 6 años fue confiada al cuidado de las benedictinas del monasterio de Lutzing, para que adquiriera el conocimiento religioso y cultural que su condición exigía. En poco tiempo las monjas notaron en la niña una inteligencia penetrante, así como numerosos dones: pintar iluminaciones, bordar, cantar y tocar distintos instrumentos. En el período que estuvo en el convento también estudió la Sagrada Escritura, se dedicó a cuidar a los enfermos y aprendió a organizar jardines y huertas. Sin embargo, las delicias de su alma eran pasar largas horas en la iglesia o al pie de alguna imagen de la Virgen.

> *Niña de carácter extremadamente afable, pero muy serio y noble, pasaba largas horas al pie de alguna imagen de la Virgen*

En el matrimonio, virginidad de alma

A la edad de 12 años ya había adquirido una madurez ejemplar. Su nobleza de sangre, su hermosa apariencia y su rutilante inteligencia la hacían una dama muy codiciada para el matrimonio. No obstante, su mayor deseo era el de permanecer virgen y consagrarse a Dios por completo.

Pero los designios de la Providencia son misteriosos e impenetrables. A través del casamiento con el prínci-

pe Enrique I de Silesia, el Señor quiso unir en el alma de Eduvigis dos cualidades que parecen opuestas a los ojos del mundo: la virginidad de alma y la maternidad.

Incluso siendo una esposa entregada y una madre cariñosa, mantuvo intacta la pureza de su alma, como si nunca hubiera estado unida a nadie por lazos humanos, viviendo continuamente en función de Dios. Aprendió del divino Maestro la ciencia de amar a las criaturas con un afecto puro y sobrenatural, de modo que conservó la castidad de corazón hasta el final de su vida.

Formando la imagen de Cristo en el alma de su esposo

Trasladarse de residencia después de casarse, abandonando Baviera y yéndose a vivir con Enrique a Silesia (región de la Polonia medieval), supuso un cambio muy brusco para la joven.

La Polonia medieval de aquella época aún estaba saliendo de la barbarie, y las costumbres del pueblo eran muy rudas en relación con las de su tierra natal. Tuvo que fortalecer su corazón para afrontar los sufrimientos de su nueva condición, cuyo esfuerzo logró con tanto éxito que fue considerada «la primera princesa alemana que consiguió adaptarse al inhóspito suelo de Polonia».[1] En poco tiempo cautivó a nobles y siervos por la dulzura y rectitud con que los trataba.

Su primera misión fue entender el genio de su esposo para poder servirlo mejor, y tan airosa salió de esta empresa que terminó por conquistar completamente su corazón.

Enrique era valiente, severo consigo mismo y generoso, pero su instrucción religiosa dejaba mucho que desear. Tampoco sabía rezar… Eduvigis, que lo amaba tanto como es posible en esta tierra, se preocupaba sobre todo por su alma. Se convirtió en su catequista y maestra y le enseñó la práctica de la oración y la buena moral. Cada día que pasaba, Enrique tenía más razones para confiar en su santa esposa, y su corazón fue llevado poco a poco a Dios por el amor y la dedicación de ella.

Voto de castidad perfecta

Bendito en frutos fue el matrimonio de Eduvigis, pues tuvo seis hijos. Tras el nacimiento del último, ella y Enrique hicieron voto de castidad perfecta, sellando su promesa secretamente en las manos de un obispo. Cuando el hecho se hizo público, decidieron vivir en residencias separadas para evitar un escándalo y, desde entonces, siempre se encontraban acompañados de testigos.

> *Incluso siendo una esposa entregada y una madre cariñosa, mantuvo intacta la pureza de su alma y la castidad de su corazón*

Matrimonio de Santa Eduvigis y Enrique I - Iglesia de Santa Catalina, Brandemburgo (Alemania)

Eduvigis se trasladó a un monasterio de monjas cistercienses que su marido había construido en Trebnitz, en la actual Alemania. Enrique, arrastrado por el ejemplo de su esposa, comenzó a llevar una vida de religioso aún en el mundo. Se cortó el pelo en forma de tonsura y se dejó crecer la barba;[2] adquirió tan profunda humildad y ardiente devoción que se le consideraba un santo.

Con gran admiración, los circunstantes podían ver a una princesa joven, colmada de dones y estimada por todos, viviendo más como religiosa que como noble. Tenía por lema que cuanto más ilustre fuera el origen, más tendría que distinguirse por la virtud; cuanto más alta fuera la posición social, mayor sería la obligación de edificar al prójimo mediante el buen ejemplo. Y supo ponerlo en práctica eximiamente.

Patrona de los desvalidos, pobres y endeudados

En esta nueva vida que había iniciado, Eduvigis no quiso hacer voto de pobreza por un objetivo muy concreto: seguir ayudando a los demás con sus bienes. Era riquísima, pero vivía con una renta mínima para sí; con el resto socorría a los más desfavorecidos y construía hospitales, escuelas, iglesias y monasterios. Por sus innumerables gestos de caridad que atravesaron los siglos, es considerada la patrona de los desvalidos, pobres y endeudados.

Si bien que su mayor obra de misericordia quizá fuera la de emplear su poder e influencia política para expandir la Iglesia y salvar almas. El estado religioso en que se encontraba el pueblo e incluso muchos miembros del clero era verdaderamente lamentable. Eduvigis no veía barreras: se lanzaba a osadas empresas, gastaba su fortuna, exhortaba a los clérigos, a fin de contemplar el brillo de la verdadera doctrina en el alma de todos sus súbditos. Por eso es habitual re-

presentarla con su corona sobre la Sagrada Escritura, viniendo a decir que su poder y su riqueza estaban sostenidos por la fe; o con una iglesia en las manos, a causa de su preocupación por expandir y proteger a la Esposa Mística de Cristo.

Magnanimidad y fortaleza ante los infortunios

La sierva de Dios sabía que «aquellas piedras vivas destinadas a ser colocadas en el edificio de la Jerusalén celestial deben ser pulimentadas en este mundo con los golpes repetidos del sufrimiento, y que para llegar a aquella gloria celestial y patria gloriosa hay que pasar por muchas tribulaciones».[3] En efecto, Santa Eduvigis había descubierto el secreto que hay detrás de la cruz, pero no se desanimó ante el dolor y los sacrificios que Dios le pedía.

Una serie de calamidades le sobrevinieron a esta noble alma. En 1237, su hijo Conrado murió atacado por una fiera mientras cazaba. Por aquellos días, todavía sumida en el dolor, lloró la muerte de otro de sus hijos, Boleslao.

Como si esto no bastara, su marido fue hecho prisionero por el príncipe Conrado de Plock durante la guerra. Armada de valor, se presentó en persona ante éste para obtener la liberación de su esposo. Conrado nunca se había dejado intimidar por nadie, pero «cuando vio a la duquesa Eduvigis frente a él, el hombre tembló. Le parecía que tenía delante a un ángel que lo amenazaba. Sin exigirle rescate alguno soltó al prisionero».[4]

Poco tiempo después, Enrique partió hacia la región de Crosna, en Polonia. Atacado por una repentina enfermedad, vino a fallecer en el 1238. La noticia de su muerte consternó a las religiosas del monasterio de Trebnitz. La única que permaneció serena fue Eduvigis, que trataba de confortar a las demás: «¿Por qué os quejáis de la voluntad de Dios? Nuestras vidas están en sus manos, y todo lo que Él hace está bien hecho, lo mismo si se trata de nuestra propia muerte que de la muerte de los seres amados».[5]

Una santa penitente y rica en dones

Santa Eduvigis tenía costumbres extremadamente austeras. A menudo pasaba el día a pan y agua, o sólo comía algunas verduras cocidas; durante cuarenta años se abstuvo de carne. Tras su muerte, su nuera Ana testificó ante las autoridades eclesiásticas que, «de todas las vidas de santos penitentes que había leído, jamás encontró quien superara a su suegra en la penitencia».[6]

> *Santa Eduvigis descubrió el secreto que hay detrás de la cruz y no se desanimó ante el dolor y los sacrificios que Dios le pedía*

Acostumbraba a caminar descalza hasta la iglesia, incluso sobre la nieve. Pero como no le gustaba que los demás vieran su sacrificio, siempre llevaba en las manos sus zapatos y se los ponía cuando se encontraba con alguien. Un día, una criada que la acompañaba empezó a quejarse del frío. Eduvigis entonces le dijo que pusiera los pies sobre sus huellas. La mujer comenzó a sentir un gran calor que le invadía todo el cuerpo.

La Providencia adornó el alma de esta dama tan generosa con numerosos favores, entre ellos el don de profecía y de revelación de las cosas ocultas, que le hacía presente acontecimientos que sucedían a mucha distancia. Previó guerras y calamidades que asolarían su país, curó a ciegos y a otros enfermos. Muchas veces fue sorprendida en profundo éxtasis, envuelta en una luz tan fuerte que llegaba a ofuscar a los que presenciaban el fenómeno.

«Santa Eduvigis reconcilia al príncipe Conrado Plock con Enrique I», de Feliks Sypniewski

Íntima unión con Nuestro Señor Jesucristo

Santa Eduvigis siempre evitó que se conociera el misterio de su íntima unión con el Señor. No obstante, tal era el fervor que la invadía que no conseguía reprimir sus suspiros, «gritos de amor, cantos de alegría escapaban de su corazón para saludar a su divino Novio».[7]

En cierta ocasión, una monja, deseosa de saber qué hacía en la iglesia cuando se quedaba sola durante largas horas, se escondió en el coro, desde donde presenció una escena admirable: después de besar cada asiento usado por las religiosas para el canto del

Fotos: Reproducción

Cuando el día de su muerte se acercaba, el Señor la hizo antegozar la felicidad del Paraíso, como premio a su fidelidad

A la izquierda, Jesús crucificado bendice a Santa Eduvigis; a la derecha, muerte de la santa entre las religiosas de Trebnitz – Iglesia de Santa Catalina, Brandemburgo (Alemania)

oficio, se arrodilló ante el altar de la Santísima Virgen, sobre el cual había un crucifijo, y allí permaneció con los brazos extendidos en forma de cruz. Mientras así rezaba, el brazo del Crucificado se desprendió del leño y le bendijo diciendo: «Tu oración ha sido escuchada, obtendrás la gracia que pides».[8] Así conquistaba el Corazón de Dios con su amor y oraciones.

Batalla contra los demonios

Para demostrarle a su celestial Esposo su fidelidad y amor, tuvo que ser sometida a una terrible prueba. Los demonios se le aparecían en formas horribles y la golpeaban, repitiendo con voz furiosa: «¿Por qué eres tan santa?». En esos momentos veía cómo sus fuerzas misteriosamente se paralizaban, mientras todo quedaba sumido en la oscuridad y el abandono. Las puertas del abismo se abrían ante la duquesa y se le presentaban las tentaciones más delicadas. Todas las pasiones que había reprimido durante años le asaltaban su espíritu: ira, odio, envidia… Si no supiera que estaba sustentada por una mano invisible, enseguida se hubiera desesperado. Eduvigis, sin embargo, lo soportó todo pacientemente. Cuando el tiempo de la prueba cesó, esa misma mano divina la elevó, llevándola de nuevo al reino de la luz.

A medida que se acercaba el día de su muerte, el Señor le hizo gozar anticipadamente la felicidad del Paraíso como premio a su fidelidad durante los asaltos de los infiernos: muchos ciudadanos de la Jerusalén celestial fueron a visitarla. El día de la natividad de la Santísima Virgen, Catalina, su fiel servidora, fue testigo de una escena maravillosa: vio cómo entraban en su habitación varios bienaventurados; y llena de alegría, los saludaba: «Queridos santos, sed bienvenidos; Santa María Magdalena, Santa Catalina, Santa Tecla, Santa Úrsula».[9]

Muerte y canonización

Finalmente, llegó el momento en que Eduvigis entregaría su alma a Dios. Era el 15 de octubre de 1243. En su lecho, abría de vez en cuando sus ojos para elevarlos al cielo y pronunciar el divino nombre de Jesús. Mientras las hermanas cantaban los salmos, ella miró una vez más al cielo y, sin estertores, dio su último suspiro. Su cuerpo sufrió entonces un asalto por parte de las religiosas: unas le cortaban las uñas; otras, los cabellos; otras, trozos de su ropa.

Durante mucho tiempo el pueblo polaco lloró la pérdida de su madre. Pero ella no abandonaría a quienes tanto había amado en la tierra. Milagros y más milagros se siguieron.

El 15 de octubre de 1267, tan sólo veinticuatro años después de su muerte, el papa Clemente IV, que había obtenido él mismo un milagro por su intercesión, la inscribió en el catálogo de los santos. ✧

---

[1] KNOBLICH, August. *Histoire de Sainte Edwige. Duchesse de Silésie et de Pologne*. Tournai: H. Casterman, 1863, p. 37.

[2] Por esa razón es conocido hasta hoy como Enrique I, el Barbudo.

[3] DE LA VIDA DE SANTA EDUVIGIS. Escrita por un contemporáneo. In: COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA. *Liturgia de las Horas*. 5.ª ed. San Adrián del Besós: Coeditores Litúrgicos, 1998, t. IV, pp. 1298-1299.

[4] MONTANHESE, Ivo. *Vida de Santa Edwiges*. 24.ª ed. Aparecida: Santuario, 2012, p. 37.

[5] BUTLER, Alban. *Vida de los Santos*. Ciudad de México: Collier's International, 1965, t. IV, pp. 127-128.

[6] MONTANHESE, op. cit., p. 71.

[7] KNOBLICH, op. cit., p. 230.

[8] Ídem, p. 231.

[9] Ídem, p. 280.

Siervo de Dios Marcelo Van, CSsR

Apóstol del amor en Vietnam

Rod Waddington (CC by-sa 2.0)

«No encontraba a nadie a quien le pudiera confiar mis pensamientos. Por eso tuve que soportarlo todo en silencio hasta el día en que encontré a mi hermana Santa Teresa…».

Hna. Elizabeth Verónica MacDonald, EP

«¡Dios mío, si las cosas son así, desisto!». Corría el mes de octubre de 1942. Después de haber dicho esto, un joven de 14 años se dirigió a la sala de estudio del seminario de Quảng-Uyên, que estaba a cargo de dominicos franceses. A pesar de su carácter sencillo, simpático e incluso carismático, se encontraba atormentado y afligido.

Para un chico como él, que luchaba con uñas y dientes para conquistar su ideal, descubrir que no sería capaz de hacerlo era una decepción insoportable; la idea de verse obligado a rendirse lo estremecía.

Joaquín Nguyên Tan Van quería ser santo, siendo sacerdote. Desde los 3 años perseguía a su madre por la casa y el arrozal molestándola: «Mamá, haz de mí un santo». A los 8, dejaba la vida de familia, en los alrededores de Hanói, para ir en busca de su objetivo.

En medio de las continuas vueltas, muchas veces crueles, que dio desde entonces Van, la Providencia nunca dejó de hablarle a su corazón; las llamadas a la intimidad con Jesús eran insistentes. «Pero había un problema», escribiría en su diario: «A pesar de mi gran deseo de alcanzar la santidad, tenía la certeza de que nunca lo lograría, porque para ser santo tendría que ayunar, disciplinarme, llevar una piedra al cuello».[1]

Adolescente típico de su tiempo —casi el nuestro—, sus escasas lecturas espirituales lo habían dejado con una idea apoteósica de la santidad, que excedía sus capacidades y su ánimo. Sobre todo al muchacho le inquietaba la imagen, tantas veces presentada, de un Dios exigente y castigador, a quien el pecador, por ser miserable, no podía acercársele. «Llegué a la conclusión de que mi anhelo de santidad era pura locura», afirmó.[2]

Tales pensamientos le causaban un intenso pesar, pues sus aspiraciones eran muy distintas: «Según mi idea personal, hubiera querido que mi vida de santidad se conformara al pensamiento de San Agustín: "Ama y haz lo que quieras". Sí, deseaba que todas mis acciones, todos mis gestos fueran puestos al servicio de Dios, para llegar a aquel que es la perfección absoluta».[3]

En efecto, Van se veía envuelto en un dilema: «Yo estaba buscando, por lo tanto, un santo de mi imaginación. Pero ¿dónde estaría escondido, ya que no lo encuentro por ninguna parte? No me atrevería a inventar una nueva vía. Entonces, ¿qué tengo que hacer?».[4]

Más que un libro… ¡una solución!

En esta encrucijada espiritual, Van entraba en la sala de estudio aquella tarde de 1942, tras haberse arrojado a los pies de una imagen de la Virgen, su «salvavidas» en tantas aflicciones, rogándole una señal, un consejo, la recuperación de la paz.

Específicamente le había pedido que le indicara un libro interesante. Así que, después de barajar algunos ejemplares encima de la mesa, determinó que leería aquel sobre el cual su dedo índice se pusiera primero, al azar. Cerró los ojos…

Al coger el libro que le había tocado, con un gesto de franca decepción, lo dejó caer en la mesa haciendo ruido. *Historia de un alma*… ¿Quién sería esa Santa Teresa del Niño Jesús? ¿De dónde había venido? Y pensaba consigo mismo: «Sin duda que desde su nacimiento hasta su último aliento, tuvo muchos éxtasis y realizó varios milagros; ayunaría a pan y agua, tomando una única comida por día…».[5]

No obstante, tal y como se había comprometido, empezó a hojearlo. Pronto se vio absorto. Saltó hasta el último capítulo y decidió leerlo seriamente. Tan sólo leídas dos páginas, sus ojos se empañaron. Lágrimas de arrepentimiento le cayeron por sus mejillas por haber despreciado el libro, y su corazón se inundó de alegría y alivio ante un hallazgo tan maravilloso:

«Entonces, convertirse en santo no es sólo recorrer el camino de los "santos de antaño". Hay muchos caminos que conducen a la santidad. […] Lo que me conmovió por completo fue este razonamiento de Santa Teresa: "Si Dios solamente se humillara ante las flores más bellas, símbolos de los santos doctores, su amor no sería un amor absoluto, ya que la característica del amor es humillarse hasta el extremo. […] Así como el sol ilumina los cedros y las florecillas, de la misma manera la divina Estrella alumbra todas las almas, grandes o pequeñas". ¡Oh, qué razonamiento, tan profundo en su sencillez! En estas palabras encontré la llave que me abría un camino recto y apacible, que conducía directamente a la cima de la perfección».[6]

Después de leer «Historia de un alma», Van decidió tomar como hermana a Santa Teresa del Niño Jesús

El Hno. Van en Hanói entre 1954 y 1955. En la página anterior, paisaje en el norte de Vietnam

Su corazón se llenó por completo y su alma se volvió ligera; pero en aquel momento ya no podía seguir leyendo, por el simple hecho de que sus lágrimas habían empapado las páginas, pegándolas unas con otras… Tuvo que resignarse a cerrar el libro.

«Unidos en el único amor de Dios»

En los días que siguieron, Van e *Historia de un alma* se volvieron inseparables. El joven sintió su alma en consonancia con cada «sí» y cada «no» de Teresa, con cada dolor y cada alegría.

Al principio, se dirigía a la autora del libro con el apelativo de «santa». Después de algún tiempo, empezó a sentir la necesidad de tratarla con intimidad, como un hermano pequeño trataría a su hermana mayor, pero no se atrevió a hacerlo hasta que leyó en la autobiografía la parte en la que Teresa narra el fallecimiento de su madre. En esa ocasión, ella decía, refiriéndose a su hermana mayor: «En cuanto a mí, Paulina es quien será mi madre». Tomado entonces por una inspiración de la gracia, de rodillas Van declaró con una fórmula simple y sincera: «Para mí, Teresa será mi hermana».

Acerca de ese momento, cuenta él: «Tan pronto como dije esas palabras, mi alma fue invadida por una tal corriente de felicidad que quedé aturdido por ella. […] Una fuerza sobrenatural me dominó enteramente e inundó mi alma con una felicidad indecible».[7] Arrebatado por esa gracia mística, dejó la capilla donde estaba y se puso a correr por todas partes, rebosando una alegría que «solo podía expresar con una gran variedad de canciones y mil saltos infantiles».[8] Y añade: «Saltaba de piedra en piedra, […] dando voces de felicidad, cantando al aire todas las canciones que me sabía de memoria en vietnamita, tailandés, francés y chino».[9]

Fotos: Reproducción

La respuesta no se hizo esperar: «Desde ahora serás mi hermanito»

Santa Teresa del Niño Jesús en 1896

Finalmente, agotado de tanto dar brincos «como un loco, o más bien, como una mariposa que el viento lleva de aquí allá»,[10] pero tomado de júbilo, se tumbó sobre una piedra y empezó a analizar, con cierta vergüenza, su actitud: «¿Habré perdido la cabeza? Si no, ¿por qué estoy tan lleno de alegría?».[11]

De pronto, una voz desconocida le llamó por su nombre:

—¡Van, Van, mi querido hermanito!

Van dio un salto, ¡esta vez de susto! El joven miró a su alrededor, convencido de que había alguien allí, aunque perplejo por el trato familiar, ya que había escuchado una voz femenina.

—¡Van! ¡Querido hermanito!

La voz era suave como la brisa que pasa. Al percibir, pues, su origen sobrenatural, Van exclamó con entusiasmo:

—¡Oh! ¡Es mi hermana Santa Teresa!

La respuesta no se hizo esperar:

—Sí, es realmente tu hermana Santa Teresa quien está aquí. Apenas oí tu voz, entendí a fondo tu corazón inocente y puro. He venido aquí para responder a tus palabras, que han resonado en mi corazón. ¡Hermanito!

Fotos: Reproducción

Amparado por Santa Teresa, Van pasó a vislumbrar la misericordia de Dios en todo. Comprendió que existe una fuerte conexión de almas y misiones entre la Iglesia gloriosa y la Iglesia militante

De izquierda a derecha: Marcelo Van con 12 años; junto a su hermana Ana María Te, con motivo de la profesión de los votos perpetuos, en septiembre de 1952; con el P. Antonio Boucher, su director espiritual en la Congregación del Santísimo Redentor

De ahora en adelante nuestras almas ya no estarán separadas por ningún obstáculo, como antes. Ya están unidas en el único amor de Dios.

Similitud de misiones

A pesar de una infancia turbulenta, marcada por la pobreza y por las persecuciones, el sufrimiento que más daño le hacía a su corazón siempre fue su profundo aislamiento: «No encontraba a nadie a quien le pudiera confiar mis pensamientos. Por eso tuve que soportarlo todo en silencio hasta el día en que encontré a mi hermana Santa Teresa en la colina de Quảng-Uyên».[12] La santa de la pequeña vía obró en Van, en una intensa, íntima y duradera relación —fielmente relatada por él en sus escritos—, un milagro admirable: por medio de una amena convivencia, le hizo comprender un poco el amor del Padre.

Amparado por Teresa, Van pasó a vislumbrar la misericordia de Dios en todo. Comprendió — ¡y nos convence!— que no hay separación entre el Cielo y la tierra, y que existe una fuerte conexión de almas y misiones entre la Iglesia gloriosa y la Iglesia militante. Era lo que le sucedía a él, conforme se lo aseguró su protectora: «Teresa siempre ha sido tu Teresa y tú, Van, eres igualmente el hermano pequeño de Teresa desde el momento en que existimos, los dos, en el pensamiento de Dios».[13]

Habiendo ya madurado, la propia Virgen María le dio una visión más clara sobre esa vinculación de misiones. En una comunicación del 4 de enero de 1946, le dijo: «¿No sabes que más tarde, en el Cielo, tendrás una misión similar a la de tu hermana Teresa? Serás tú como una segunda Teresa del Niño Jesús. La primera te enseñó la manera de entrar en relación con el amor de Jesús; en cuanto a la segunda» —refiriéndose a Van—, «enseñará a las almas la manera de entrar en relación conmigo y expandir mi reino en el mundo. […] Tu papel, hijo mío, no consistirá en ser el apóstol de mi Reino, sino en ir en auxilio de los apóstoles de ese reino».[14]

Una gran renuncia…

Teresa guio con maestría a esa alma débil, pero fiel, desvelándole panoramas que movían su voluntad y cambiaban su mentalidad. En algunas ocasiones, escuchaba a Van con paciencia; otras, le daba consejos claros. A veces, le llamaba la atención bromeando, diciéndole que no se debe llorar tan fácilmente… ¡Hasta le llegó a cantar y escribir versos!

Ahora bien, como emisaria de la voluntad divina junto a su alma, Teresa también tuvo que comunicarle, cierto día, un delicado y difícil mensaje: no sería sacerdote. La noticia le causó al joven un inmenso dolor y le arrancó un copioso llanto. Queriendo animarlo, su protectora le aseguró que sus anhelos apostólicos se cumplirían igualmente fuera del estado sacerdotal, por medio de oraciones y sacrificios, así como ella misma había realizado su vocación: «Hermanito, alégrate y regocíjate de haber sido puesto entre el número de los "Apóstoles del amor de Dios", que tienen el privilegio de estar escondidos en el corazón de Dios para ser la fuerza vital de los apóstoles misioneros».[15]

Ingreso en la vida religiosa

Esta noticia fue el inicio de una nueva etapa en la vida de Van. Había que decidir su destino y, para ello, Teresa le recomendó que recurriera a la Santísima Virgen para saber en qué congregación religiosa debía ingresar.

Dos semanas más tarde, Van tuvo un simbólico sueño al respecto: de

repente vio a alguien vestido de negro acercándose a la cabecera de su cama, sonriente y luminoso, con una belleza sobrenatural deslumbrante. Acariciándolo, la figura le preguntó con mucha delicadeza: «Hijo mío, ¿quieres?». Al no poder identificar a la persona y sentirse abrumado por su indescriptible bondad, Van enseguida pensó que sería Nuestra Señora, más concretamente la Virgen Dolorosa, por su vestido, y respondió con entusiasmo: «¡Sí, Madre mía, quiero!».

Este sueño inundó de alegría el corazón de Van, aunque aún no conociera su significado. Al contárselo a su hermanita, ella tan sólo le dijo, sonriendo: «Pídele a Nuestra Señora que te lo explique».[16] Sin embargo, aparentemente eso no ocurrió y Van continuó en busca de su vocación.

Ya había pensado hacerse dominico, o incluso cisterciense, pero ninguno de estos carismas llenaba su alma. Ahora bien, pocos días después del sueño encontró en su casa una revista titulada *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro*, publicada por los padres redentoristas, y comenzó a leer varios artículos que trataban sobre María Santísima. A respecto de esta lectura, afirma en sus memorias: «Empecé a conocer y amar a la congregación por la sencilla razón de que los redentoristas tenían una devoción muy especial a la Santísima Virgen».[17] A partir de entonces comenzó a desear con toda su alma formar parte de la Congregación del Santísimo Redentor.

Santa Teresa lo apoyó de inmediato en esa decisión: «¿Quieres unirte a los redentoristas? Muy bien, hermanito. Esa es precisamente la congregación en la que la Virgen María desea que entres».[18] De hecho, vencidas algunas dificultades, Van ingresó en el noviciado redentorista de Hanói, el 15 de agosto de 1945, con el nombre de Marcelo.

Un día, al entrar en la capilla para hacer una breve visita al Santísimo Sacramento, vio sobre un pedestal una imagen de San Alfonso María de Ligorio, fundador de la congregación. Viéndolo vestido de la misma forma que la Virgen de los Dolores de su sueño, y haciendo los mismos gestos que Ella había hecho cuando estaba en la cabecera de su cama, le surgió una fuerte duda: ¿fue realmente la Virgen María la figura misteriosa que le había acariciado? De repente, Santa Teresa le dijo muy amablemente: «Ya no hay duda, hermanito. La persona que se te apareció aquella noche y que creías que era Nuestra Señora de los Dolores ¡era tu bondadoso padre, San Alfonso!».[19] Esto confirmó, una vez más, su elección y la autenticidad de su llamado.

Quien se le apareció a Van en sueños fue el propio San Alfonso, que lo llamaba a ser su hijo

San Alfonso María de Ligorio - Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Granada (España)

Místico, apóstol y confesor de la fe

Su director espiritual en la congregación, el sacerdote canadiense P. Antonio Boucher, impresionado con el joven religioso en el que la gracia había hecho maravillas, le aconsejó que escribiera su itinerario espiritual, del que resultó un voluminoso texto en vietnamita, dividido en casi novecientas páginas de cuadernos de apuntes. Convencido de que Van tenía un mensaje para la Iglesia y para el mundo, el P. Boucher trabajó diligentemente durante años para traducir estos escritos al francés. Gracias a ello, hoy tenemos a nuestra disposición sus enseñanzas de gran profundidad teológica y mística.

Durante casi diez años, Marcelo realizó un fecundo apostolado. Habiendo regresado a Hanói —ya ocupada por los comunistas— para ayudar a sus hermanos, fue preso en 1955. El 10 de julio de 1959 moría a causa de los malos tratos recibidos, pero, según su más ardiente deseo, consumido por el amor. ✧

---

[1] MARCEL VAN. *The Autobiography of Brother Marcel Van*. Leominster: Gracewing, 2006, p. 224.

[2] Ídem, p. 225.

[3] Ídem, ibídem.

[4] Ídem, ibídem.

[5] Ídem, p. 227.

[6] Ídem, p. 228.

[7] Ídem, p. 234.

[8] Ídem, ibídem.

[9] Ídem, ibídem.

[10] Ídem, ibídem.

[11] Ídem, ibídem.

[12] Ídem, p. 67.

[13] Ídem, p. 236.

[14] MARCEL VAN. *Conversations with Jesus, Mary and Thérèse of the Child Jesus*. Leominster: Gracewing, 2008, p. 109.

[15] MARCEL VAN, *The Autobiography of Brother Marcel Van*, op. cit., p. 259.

[16] Ídem, p. 264.

[17] Ídem, p. 266.

[18] Ídem, ibídem.

[19] Cf. Ídem, p. 265.

Reproducción

Inocencia de por vida

La virtud de la inocencia jamás menguó en el alma de Dña. Lucilia, manifestándose ora en estado de tranquilidad, ora en posición de combate, desde su infancia.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Los Ribeiro dos Santos, familia en la que nació Lucilia, tenían una manera de ser eminentemente tradicional y eran monárquicos por las mismas fibras de alma que los hacían católicos; las disposiciones afectivas y psicológicas por las cuales se sentían bien en el ambiente monárquico eran semejantes a las que tenían cuando iban a la iglesia. Guardando las debidas proporciones, el modo de prepararse para recibir el Santísimo Sacramento, por ejemplo, se asemejaba mucho a la expectativa que se creaba en casa cuando iban a encontrarse con algún miembro de la familia imperial. La presencia de Dña. Gabriela, la matriarca, acentuaba estos sentimientos.

Recibiendo la visita del emperador

En 1878, recorriendo la provincia de São Paulo, D. Pedro II se detuvo a visitar a la familia Ribeiro dos Santos, que por entonces residía en Pirassununga. Conducido por un lujoso tren de la Compañía Paulista, en el viaje inaugural de aquel ramal ferroviario, el emperador se bajó en la estación provisional, aún de madera, donde lo esperaban las personalidades locales.

Doña Teresa Cristina, sin embargo, no acompañó a su imperial esposo y prefirió quedarse en el vagón, donde recibió a Dña. Gabriela, quien se llevó consigo a la pequeña Lucilia. Tratando de ser amable con su madre, le dijo a la niña:

—Hija mía, yo conocí a tu abuelo; él fue quien me enseñó a bailar.

En efecto, con ocasión de un baile en la corte, el Dr. Gabriel José Rodrigues dos Santos tuvo la gentil osadía de invitarla a bailar, cosa que ella nunca había hecho. Poco antes, con destreza y distinción, había logrado que la emperatriz, la cual tenía un defecto en un pie, aprendiese a dar pasos de baile sin que se le notase su imprecisión al andar. Doña Teresa Cristina salió airosa y este hecho tuvo un éxito enorme en la corte.

Durante el encuentro en casa del Dr. Antonio, padre de la pequeña Lucilia, D. Pedro II —figura de aspecto patriarcal— la acercó a su lado y distraídamente mientras conversaba iba pasando la mano por sus cabellos, deshaciéndole uno a uno sus rizados mechones. Al darse cuenta de que se desbarataba poco a poco su esmerado peinado, Lucilia dio muestras de querer protestar, pero se topó con la mirada —severa y fija— de su padre, insinuándole que no debía decir nada…

La visita del emperador fue, no obstante, una excepción en aquella vida estable. Aunque para los Ribeiro dos Santos existían también otras: los viajes a São Paulo.

La insipidez del día a día interrumpida por las idas a la capital

Aun cuando Pirassununga experimentara un crecimiento realmente digno de nota y ya fuera posible encontrar en sus numerosos comercios todo lo necesario para la vida diaria, los Ribeiro dos Santos se habituaron a viajar a la capital, no sólo para visitar a sus parientes, sino también para comprar objetos finos e importados.

Era encantadora la forma en que Dña. Lucilia, incluso en su ancianidad extrema, narraba con luminosa memoria los múltiples detalles de los viajes de la familia a São Paulo:

«Mi madre planeaba con mucho cuidado cada ida a la capital de la provincia. Todo estaba muy bien dispuesto. Había unas cestas de mimbre, cerradas, en las cuales se colocaban

los alimentos, especialmente preparados para el trayecto».

El camino hacia la estación, las despedidas, los vagones muy bien arreglados, el pintoresco recorrido y, finalmente, la llegada a la capital, en los labios de Dña. Lucilia todo esto se volvía algo deslumbrante y legendario. Lo narraba todo de una manera tan leve y cautivante que el oyente sentía como si viajara con ella. Era imposible que la imaginación se negase a componer escenas tan maravillosamente descritas.

Inocentes entretenimientos

Estando en São Paulo, Dña. Gabriela nunca dejaba de visitar el Convento de la Luz, llevándose con ella a su hijita. Las monjas abrían un poco la cortina del locutorio para ver a la niña, conversar con ella y darle dulces y otros regalos. Lucilia quedaba muy complacida y, al igual que con su madre, se tejieron entre ella y el convento lazos de afecto que durarían toda su vida.

Las visitas a la casa de un pariente, situada en el Valle do Anhangabaú, también marcaron sus idas a São Paulo. Para quien conoce ese lugar tal y como es hoy día —todo de cemento y asfalto, perforado por túneles, atravesado por viaductos, cuajado de edificios, sumergido en polución, ruidos, ajetreo, multitudes, tragedias— quizá no le sea fácil concebir que hace algo más de cien años todavía conservaba un aire bucólico. En medio del valle, entre la exuberante vegetación, serpenteaba un arroyo rico en peces, que acogía en sus márgenes a grupos de lavanderas.

El entretenimiento preferido de la pequeña Lucilia era pescar en ese río *lambaris*. Sin embargo, ésa no era su única distracción al aire libre.

Los paseos de la familia en elegantes y confortables carruajes, tipo landó, con la capota recogida los días de buen tiempo, la llevaban también a distantes lugares de la «São Paulinho» de entonces, frecuentados por personas de la alta sociedad, curiosas por ver el crecimiento de la capital. Lucilia nunca se olvidará, por ejemplo, de las idas a las obras del Museo de Ipiranga, que le dieron la oportunidad de jugar, siendo aún muy niña, junto a los cimientos de la famosa y monumental construcción.

Para evaluar hasta qué punto era tranquila y pintoresca la manera de vivir en São Paulo, hubo un tiempo en que —lo contaba Dña. Lucilia—, de acuerdo con los caprichos de una exótica moda, las damas de la sociedad enviaban de noche a sus criadas a la antigua Várzea do Carmo, para coger luciérnagas con las que adornarían sus elaborados peinados.

Entre los hechos ocurridos en estos viajes a São Paulo, destaca, por su carácter insólito, el que se narrará a continuación.

Tierna niña temida por el demonio

La inocencia de Lucilia, tan celosamente conservada, incluía no sólo una bondad sin par, sino también la incompatibilidad con el mal, como nos lo demuestra uno de los episodios más interesantes de su infancia, narrado por un familiar.

A finales del siglo XIX estaban en boga, en determinados círculos de la alta sociedad, ciertas prácticas de espiritismo. Las personas adictas a dicha costumbre se reunían en torno a un velador para consultar a los seres del otro mundo. Un día en el que llevaron a Lucilia de visita a casa de unos parientes, en la capital, coincidió con que allí se llevaría a cabo una de esas sesiones. En el salón escogido para el tenebroso encuentro se hallaba ella por casualidad, jugando despreocupadamente en un rincón. Los participantes en ese censurable acto presenciaban alrededor de la mesa los inútiles esfuerzos de un famoso médium, que le imploraba al espíritu que bajase. Después de mucha insistencia, el príncipe de las tinieblas murmuró por la voz del agotado brujo:

—Saquen de aquí a la tontita de Lucilia…

El hecho se repitió varias veces, en otras circunstancias. Por la índole de éste, pasó a la historia de la familia. A lo largo de la vida de Dña. Lucilia estarán presentes diversas manifestaciones de desagrado de los espíritus infernales. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 62-65.

Lúcio César

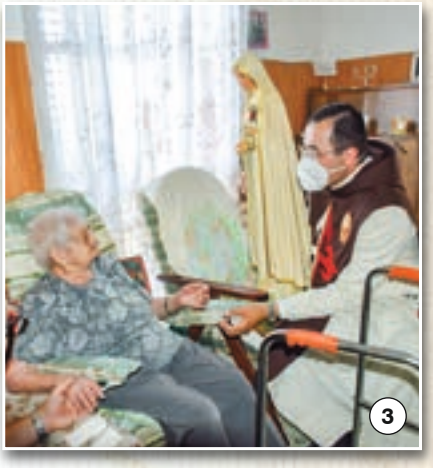
Las visitas al Convento de la Luz cultivaron en el alma de la pequeña Lucilia las semillas de una inocencia que se acrisolaría a lo largo de su vida

Convento de la Luz, São Paulo. En la página anterior, Dña. Lucilia de niña

Isabel Hinojosa

Fotos: María Emilia del Pilar

México – Misiones marianas realizadas en las ciudades de Tuxpan (foto 1), Ojo Caliente y Calvillo (fotos 2 y 3), congregaron en torno a la Virgen a los coordinadores del Apostolado del oratorio «María, Reina de los Corazones». La visita de la imagen también fue ocasión para la formación de nuevos grupos del oratorio.



Fotos: Rogério Baldasso

Italia – La ciudad de Gambarare, del área metropolitana de Venecia, recibió a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, que fue coronada en la catedral (foto 1). También recorrió Cianciana (foto 2) y las localidades de Scaletta Marina y Scaletta Superiore, de Sicilia, donde se realizó una visita a los enfermos (foto 3).

Fotos: Eric Salas

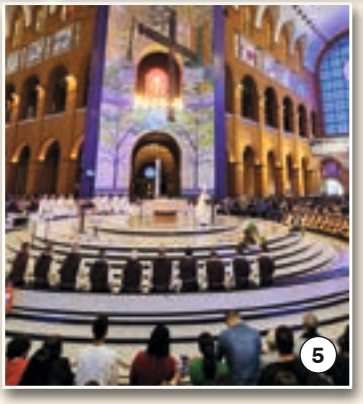
España – Del 15 al 18 de junio, cooperadores y simpatizantes de los Heraldos del Evangelio de Madrid, Valencia y Asturias hicieron una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Fátima, de Portugal. Además de participar en diversas actividades en el santuario, los peregrinos rezaron el vía crucis en Valinhos.

1

2

3

4


5

6

Fotos: Sergio Céspedes

Junto a la patrona y Reina de Brasil

Los días 12 y 13 de agosto, fieles procedentes de distintas latitudes de Brasil acudieron al Santuario Nacional de Nuestra Señora Aparecida para participar en la 12.ª Peregrinación del Apostolado del oratorio «María, Reina de los Corazones», de los Heraldos del Evangelio.

Ocasión de muchas gracias fueron la procesión de antorchas (foto 1), el rezo del rosario en la Basílica Vieja (foto 2) y el rosario procesional en la Pasarela de la fe (foto 3). La misa de clausura, en la Basílica Nueva (foto 5), estuvo presidida por Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena (foto 6), y concelebrada por varios sacerdotes, entre ellos el P. Ricardo Basso, EP, y el P. Antonio Guerra, EP. El coro del seminario mayor de los Heraldos animó la celebración (foto 4).

1

2

Fotos: Nicol Langa

Mozambique – Los fieles de la Comunidad San Isidoro, de Matola, recibieron de manos del P. Santiago Canals, EP, el escapulario de Nuestra Señora del Carmen (foto 1). En el mismo período, niños de diferentes grupos de catequesis visitaron la casa de los Heraldos de esa ciudad (foto 2), donde participaron en la santa misa.

Cuatrocientos sesenta años de la primera fundación de Santa Teresa

El Carmelo de San José, fundado por Santa Teresa de Jesús en 1562 en la ciudad de Ávila, cumplió el 24 de agosto 460 años de existencia. Para conmemorarlo, la diócesis abulense organizó una procesión con la imagen de la santa reformadora, conservada en la iglesia edificada sobre su casa natal, hasta el convento. Aquí hubo canto de vísperas y celebración de la santa misa, presidida por el cardenal Ricardo Blázquez Pérez, arzobispo emérito de Valladolid.

Primero de entre los conventos fundados por la santa, el Carmelo de San José fue construido en el siglo XVII. Santa Teresa vivió allí durante cinco años, incentivando a las religiosas a llevar una vida de contemplación, oración y penitencia, en reparación por el mal infligido a la Iglesia en su época.

Misa diaria transforma escuela estadounidense

Desde 2017 los alumnos de la Escuela Parroquial San Agustín, de Kentucky, participan cuatro veces a la semana en la santa misa. A las 8 de la mañana inicia la celebración, seguida de un desayuno ofrecido a los niños.

Según el P. Daniel Schomaker —párroco de la iglesia de San Agustín, de la diócesis de Covington, y promotor de la iniciativa junto con la directora, Kathy Nienaber—, la misa diaria proporciona a los alumnos no sólo formación espiritual, sino también apoyo emocional, dado que la mayoría de ellos provienen de familias desestructuradas por el divorcio, por el vicio o por la cárcel. El sacerdote señala además que, independientemente del origen familiar, todos los alumnos se benefician de ese tiempo que pasan junto al Señor, incluso con respecto a su rendimiento académico.

También los padres de los estudiantes han sido favorecidos con las misas: muchos de ellos se encontraban alejados de los sacramentos, pero al ver el progreso de sus hijos se sintieron impelidos a frecuentarlos de nuevo.

Diócesis castrense de Colombia se consagra al Inmaculado Corazón de María

El día 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, la diócesis castrense de Colombia se consagró, en las personas de la nueva dirección de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional, al Inmaculado Corazón de María. La ceremonia tuvo lugar ante la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima que, desde el 13 de junio, viene recorriendo las distintas diócesis del país. La organización Misión Fátima Colombia destaca que este acto traerá muchos y preciosos frutos para la nación colombiana.

Las personas religiosas tienen mejor salud cardíaca

La revista de la Asociación Americana del Corazón, editada en Estados Unidos, publicó en agosto un estudio realizado por la propia institución en el que muestra que los adultos con más religiosidad y vida espiritual más devota presentan mejor salud cardíaca.

La investigación, llevada a cabo con 3000 adultos afroamericanos, siguió ocho criterios para medir la salud cardiovascular: dieta, actividad física, exposición a la nicotina, peso, colesterol, presión arterial, niveles de azúcar y sueño. En todas las categorías, las personas más religiosas presentaron mejores resultados, en comparación con las poco o nada religiosas.

Este resultado persistió incluso cuando se añadían otras variables, como factores sociodemográficos, estrés crónico y redes de contacto social. La religiosidad de los participantes se midió según su frecuencia a los servicios religiosos, tiempo de oración privada, prácticas espirituales ante las adversidades y creencia en la divinidad.

Católicos rechazan la construcción de un templo satánico en México

Los católicos de Veracruz, México, manifestaron su indignación y rechazo por la construcción de un templo satánico en esa ciudad, promovida por un brujo. Piden la intervención del Gobierno y afirman que el levantamiento de tal edificio sólo traerá muerte y destrucción para la región.

«El demonio no quiere ni fieles ni seguidores, sino esclavos en la voluntad, en el alma y en todo», señaló el P. Francisco Torres Ruiz, exorcista de la diócesis española de Plasencia. Y añadió: «[Satanás] no concede favores. Por tanto, es un error pensar que va a tener alguna influencia positiva en la gente». También el obispo de Veracruz, Mons. Carlos Briseño Arch, OAR, expresó su repudio y les pidió a los fieles que no dejen espacio alguno a esa falsa religión.

Hallan armamento utilizado en la destrucción del Templo de Jerusalén

Investigadores de la Autoridad de Antigüedades de Israel anunciaron el hallazgo de centenares de piedras de distintos tamaños, que probablemente

Centenario de la coronación de la Virgen de la Altagracia

El día 15 de agosto, miles de devotos acudieron a la misa de clausura de las conmemoraciones del centenario de la coronación canónica de Nuestra Señora de la Altagracia, patrona de República Dominicana, realizada en el Estadio Olímpico Félix Sánchez, de Santo Domingo. Monseñor Edgar Peña Parra, sustituto de Asuntos Generales de la Secretaría de Estado, presidió la celebración, en la que participaron autoridades civiles y militares.

El cuadro de la Virgen de la Altagracia, que se venera en el santuario de la ciudad de Higüey, llegó a la otrora isla de La Española en el siglo XVI, llevado desde España por los hermanos Alfonso y Antonio Trejo. En 1922, durante el pontificado de Pío XI, fue realizada su coronación canónica.

Reproducción

Miembros de los Heraldos del Evangelio escoltan el cuadro de la Virgen de la Altagracia durante las conmemoraciones del centenario

fueron usadas como proyectiles por el ejército romano comandado por Tito para destruir las murallas de Jerusalén y del Templo en el año 70 d. C.

Valiéndose de recursos informáticos y teniendo en cuenta la topografía local, así como la localización de las murallas de fortificación de la ciudad en el período del Segundo Templo, el arqueólogo Kfir Arbiv hizo cálculos balísticos que le permitieron recrear la batalla y concluir que las piedras fueron lanzadas desde máquinas sofisticadas, a una distancia de hasta 300 metros.

También fueron encontradas piedras más pequeñas utilizadas por la infantería y en las catapultas, además de lanzas, espadas y puntas de flechas, algunas lo suficientemente pesadas como para perforar armaduras. Según los especialistas, el descubrimiento refleja las batallas extremadamente duras que llevaron a la destrucción del Templo de Jerusalén.

Iglesias en Suiza son blanco de vandalismo

En los meses de julio y agosto, varias iglesias católicas de Suiza fueron blanco de una ola de vandalismo, en particular en la región de Basilea.

El 19 de julio, un individuo intentó incendiar una iglesia, cuyas ventanas fueron apedreadas la semana siguiente. En otras tres hicieron pintadas los días 3 y 4 de agosto; entre ellas la más dañada fue la iglesia del Espíritu Santo, de Weil am Rhein. Las inscripciones eran en su mayoría indescifrables, a excepción de algunas en las que se podían leer palabras como «Jesús», «Buda» o «Alá es grande» en árabe. El 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen, fue el turno de la iglesia de San José. Las autoridades policiales creen que todos esos actos vandálicos tienen los mismos autores.

En ese período, también la iglesia de Nuestra Señora, de Zúrich, tuvo sus paredes manchadas de pintura roja y cubiertas de inscripciones indecorosas.

Correo angélico

Anika se sirve gran cantidad de alimento, pero sólo come una pequeña porción. El resto se lo lleva a su habitación… ¿Qué estaría tramando?

Gabrielli Ramos de Siqueira

Justo antes del amanecer, los pájaros ya se ponen a cantar, despertando al matrimonio Ziólek para otro día de oración y trabajo. ¡La plantación de estos dedicados agricultores polacos promete mucho!

Cuando los primeros rayos del astro rey empiezan a iluminar la pequeña casa, Estanislao y Weronika levantan a sus hijos. Micaela y Justina, las hermanas mayores, se arreglan rápidamente y ayudan a su madre a preparar el desayuno; mientras, Anika, de 12 años, y Estefan, de 10, auxilian a su padre con los últimos preparativos para la venta de verduras en el pueblo vecino. Después del almuerzo matinal todos rezan juntos el santo rosario, a fin de pedir la protección de María Santísima.

Concluidas las oraciones de la mañana, Estanislao y su benjamín se suben a la carreta y se marchan hacia el mercado, donde pasarán todo el día hasta la hora del ángelus de la tarde, cuando ya estarán de vuelta.

Entre tanto, en la finca, Weronika y sus hijas cuidan de las hortalizas con empeño y dedicación. Anika suele ayudar a su madre a eliminar las plagas y las malas hierbas; por su parte, Justina y Micaela llevan a cabo su labor favorita: regar la plantación subiéndose en un alto balancín, cuyo movimiento hace que el agua del pozo sea transportada por todo el terreno.

Pese a que todos están muy aplicados con las tareas del campo, un atisbo de preocupación pasa por sus almas: la inconsolable ausencia del primogénito, Maximiliano, que partió hace un año a defender su patria en la guerra y aún no había enviado noticias. Estanislao y Weronika trataron de obtener alguna información acerca de la situación de su hijo, pero fue en vano. «¿Cómo estará su salud? ¿Le habrán herido? ¿Tendrá hambre y frío? ¿Cuándo volverá a casa? ¿Por qué no nos ha escrito hasta ahora?», eran éstas algunas de las muchas preguntas que surgían a diario en el corazón de los Ziólek.

¿Qué hacía Anika por la noche, antes de irse a dormir? Una petición llena de confianza…

A pesar de esta tremenda angustia, la familia no descuida para nada el cumplimiento del deber. Siguen adelante, confiando en que la Virgen protege continuamente a Maximiliano.

Al acabar el laborioso día, todos se dirigen al hogar para tomar la última comida, en la que hasta los mínimos acontecimientos se vuelven tema de conversación. El pequeño Estefan le cuenta a su madre y a sus hermanas cómo ha ido la venta de verduras; Justina y Micaela le comentan a su padre el buen crecimiento que ha tenido la plantación, gracias al tiempo favorable de esa época del año. Todos charlan y comen; todos menos una: Anika.

Desde hace unos meses sus padres notaron un comportamiento extraño en su hija. En la cena, se sirve gran cantidad de alimento; sin embargo, come una mínima porción. Si Weronika le pregunta por qué no se lo termina, la niña sólo responde que está satisfecha. Y después de la acción de gracias por la comida, se va rápidamente a su habitación con el plato en las manos.

Esa noche, volvía a ocurrir lo mismo.

—¿Qué estará tramando nuestra hermanita? —interroga Micaela.

—Seguramente come a escondidas, de madrugada —responde Estefan.

De repente, oyen que el padre llega a toda prisa: ¡habían recibido la primera carta del hijo mayor!

—No —concluye Justina—, tiene que haber alguna razón para esa singular actitud.

A fin de cuentas, ¿qué estaría haciendo Anika todas las noches?

La piadosa e inocente chiquilla había montado en su cuarto un altarcito con una imagen de la Virgen y una estampa del ángel de la guarda. En cada cena, después de comer la parte que le correspondía, llevaba lo que sobraba a su «oratorio», lo depositaba a los pies de María y le hacía una oración: «Mi querida Madre del Cielo, he aprendido en el catecismo que vuestro divino Hijo, y Dios mío, les ha dado a todos los hombres un angélico protector, para que cuide de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Señora, Vos sois la única que sabéis en qué estado se encuentra mi hermano en la guerra… Me preocupa que no tenga qué comer. Por eso os pido: ¡enviad a mi ángel de la guarda para que le lleve esta ración a Maximiliano al campamento militar y, sobre todo, cuidad de su alma! Y tú, mi angélico y fiel amigo, entrégale también mis oraciones y todo mi cariño y un fuerte abrazo. Amén».

Concluida la súplica, Anika dormía tranquila, porque no dudaba de que su custodio celestial salía de inmediato al encuentro de Maximiliano.

Las estaciones se van sucediendo, pero ninguna carta llega al buzón de los Ziólek. El tiempo de la cosecha está a punto de terminar y en unas semanas brotarán las nuevas semillas. Por lo tanto, Weronika pasa todo el día haciendo las tareas domésticas con sus tres hijas.

De repente, escuchan que llega la carreta.

—¿Estanislao a estas horas y con tanta prisa…? ¿Habrá pasado algo? —indaga consigo misma su esposa.

El motivo no podía ser otro: ¡después de tanta demora, finalmente recibían una carta de Maximiliano!

El progenitor entra con la carta en la mano y, en un abrir y cerrar de ojos, todos se reúnen a su alrededor para oír las palabras del primogénito:

«Mis queridos padres y hermanos. ¡No sabéis de cuánta protección sobrenatural estoy siendo objeto, especialmente en este período tan difícil! La lucha es ardua y cada día nos sobrevienen peligros mayores; no obstante, en todos esos momentos siento que vuestras oraciones compran el amparo de Dios para mí. Fui herido en los primeros meses de batalla, pero pronto pude regresar al combate. Sigo rezando el rosario, como siempre hacíamos en familia, para que la Santísima Virgen preserve mi alma. En cuanto a las necesidades materiales, el mismo Cielo me ha ayudado: todos los días un joven distinguido, alto y luminoso me entrega una deliciosa comida. Lo curioso es que el modo como está preparada me recuerda bastante a las cenas de mamá… Varias veces le pregunté de dónde era y por qué practicaba tal acto de generosidad conmigo, aunque sólo sonreía y no me respondía nada. Y se marchaba sin dejar rastro. Creo que es un ángel…».

Con estas y otras líneas, el combatiente narraba sus aventuras. Los seis están contentísimos. Cada fragmento de la misiva les producía una profunda emoción. Sin embargo, no había nada comparable a la visita del joven que le llevaba diariamente la comida a Maximiliano. Aires de misterio se extendían por el salón… ¿Quién sería aquel personaje? Todos se miran confusos y sólo una fisionomía permanece serena. Con humildad, Anika se recoge interiormente y agradece a su ángel de la guarda el haberle atendido su petición. De esa manera pudo asistir a su hermano en las gloriosas batallas que libró. ✧

Ilustraciones: Tatiana Villegas

Todos los días un joven distinguido y luminoso le entregaba a Maximiliano una deliciosa comida

Los santos de cada día

1. Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora de la Iglesia (†1897 Lisieux - Francia).

San Bavón, monje (†c. 659). Hombre de vida solitaria, se convirtió al oír un sermón de San Amando. Distribuyó sus bienes entre los pobres y se retiró como monje a la abadía benedictina de Gante, Bélgica.

2. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Ángeles Custodios.

Beata Antonina Kratochwil, virgen y mártir (†1942). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora. Encarcelada en Stanislawòw, actual Ucrania, murió como consecuencia de las torturas a las que fue sometida.

3. San Cipriano de Toulon, obispo (†d. 543). Discípulo de San Cesáreo de Arlés, defendió en varios sínodos la verdadera fe sobre la gracia.

4. San Francisco de Asís, religioso (†1226 Asís - Italia).

Beato Francisco Javier Seelos, presbítero (†1867). Sacerdote redentorista oriundo de Baviera, ejerció el ministerio como misionero en Estados Unidos.

5. Santa María Faustina Kowalska, virgen (†1938 Cracovia - Polonia).

Santa Flora, virgen (†1347). Religiosa de la Orden de San Juan de Jerusalén. Se dedicó a la asistencia a los enfermos en el hospital de Beaulieu, Francia.

6. San Bruno, presbítero y eremita (†1101 Serra San Bruno - Italia).

Beato Isidoro de San José de Loor, religioso (†1916). Hermano lego pasionista, falleció a los 35 años en Courtrai, Bélgica, dando ejemplo de aceptación ante los atroces sufrimientos provocados por la enfermedad que lo aquejaba.

7. Nuestra Señora del Rosario.

Beato Martín Cid, abad (†1152). Fundó el monasterio de Bellafuente (Valparaíso), España, y lo agregó a la Orden Cisterciense.

8. Santa Ragenfreda, abadesa (†s. VIII). Erigió con sus propios bienes el monasterio de Denain, Francia, del cual fue la primera superiora.

9. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Dionisio, obispo, **y compañeros,** mártires (†s. III París).

San Juan Leonardi, presbítero (†1609 Roma).

San Guntero, eremita (†1045). Abandonando los bienes terrenales, abrazó la vida monástica en la Orden Benedictina. Después de unos años, optó por la vida eremítica, retirándose a los bosques entre Baviera y Bohemia.

San Lucas - Basílica de la Santísima Anunciación, Cortemaggiore (Italia)

10. Beata Ángela María Truszkowska, virgen (†1899). Nacida en Kalisz, Polonia, fundó la Congregación Franciscana de San Félix de Cantalicio.

11. San Meinardo, obispo (†1196). Monje alemán que, ya en avanzada edad, partió para evangelizar Letonia, donde recibió la ordenación episcopal.

12. Nuestra Señora del Pilar.

Beato Román Sitko, presbítero y mártir (†1942). Rector del seminario de Tarnów, Polonia, fue preso y atrozmente atormentado en el campo de concentración de Auschwitz.

13. Beata Alexandrina María da Costa, laica (†1955). Por defender su castidad, quedó parapléjica a los 14 años, en Balasar, Portugal. Vivió confinada en su lecho el resto de su vida, ofreciéndose como víctima por la conversión de los pecadores.

14. San Calixto I, papa y mártir (†c. 222 Roma).

San Venancio, obispo (†s. VI). Gobernó la diócesis de Luni, Italia, donde se ocupó especialmente del clero y los monjes. Contó con la amistad y estima del papa San Gregorio Magno.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia (†1582 Alba de Tormes - España).

Santa Tecla, abadesa (†c. 790). Religiosa benedictina de Wimborne, Inglaterra, enviada a Alemania para ayudar a San Bonifacio.

16. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Eduvigis, religiosa (†1243 Trebnitz - Polonia).

Santa Margarita María Alacoque, virgen (†1690 Paray-le-Monial - Francia).

San Gerardo Maiella, religioso (†1755). Hermano coadjutor redentorista, se santificó ejerciendo en el convento los humildes oficios de sacristán, jardinero, enfermero y sastre.

17. San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir (†107 Roma).

Beata Tarsila Córdoba Belda, mártir (†1936). Madre de familia que fue fusilada durante la guerra civil española al ser descubierta cuidando de religiosas escondidas.

18. San Lucas, evangelista.

San Pedro de Alcántara, presbítero (†1562). Religioso franciscano que se destacó por su vida de austera penitencia. Fue consejero de Santa Teresa de Jesús en la obra reformadora de la Orden Carmelita.

19. Santos Juan de Brébeuf e Isaac Jogues, y compañeros, presbíteros, mártires (†1642-1649 Ossernenon - Canadá).

San Pablo de la Cruz, presbítero (†1775 Roma).

Beata Inés de Jesús Galand, virgen (†1634). Priora del monasterio dominico de Langeac, Francia, ofreció a Cristo sus oraciones y sufrimientos por la buena formación de los sacerdotes.

20. San Andrés Calibita, mártir (†767). Monje cretense encarcelado y asesinado por la furia de los iconoclastas.

Beata Inés de Jesús Galand - Monasterio de Santa Catalina de Siena, Langeac (Francia)

21. San Viator, lector (†d. 481). Discípulo y ministro de San Justo, obispo de Lyon, lo siguió a Egipto para entregarse a la vida de soledad y penitencia en el desierto.

22. Santas Nunilo y Alodia, vírgenes y mártires (†851). Hijas de un musulmán y educadas por su madre en la doctrina cristiana, rechazaron abandonar la fe en Cristo y fueron degolladas en Huesca, España.

23. XXX Domingo del Tiempo Ordinario.

San Juan de Capistrano, presbítero (†1456 Ilok - Croacia).

San Severino Boecio, mártir (†524). Senador y cónsul romano, famoso por su amplia obra filosófica y teológica, fue martirizado por el rey ostrogodo Teodorico en Pavía, Italia.

24. San Antonio María Claret, obispo (†1870 Fontfroide - Francia).

San Luis Guanella, presbítero (†1915). Fundó en Como, Italia, la Congregación de los Siervos de la Caridad y la de las Hijas de Santa María de la Providencia.

25. San Frutos, eremita (†c. 715). Distribuyó sus bienes entre los pobres y llevó una vida eremítica junto a una escarpada montaña cerca de Segovia, España.

26. Beata Celina Chludzindska Borzecka, religiosa (†1913). Fundó en Roma la Congregación de las Hermanas de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

27. Beato Salvador Mollar Ventura, mártir (†1936). Religioso franciscano martirizado durante la guerra civil española.

28. Santos Simón y Judas Tadeo, apóstoles.

San Germán, abad (†s. XI). Fundó y dirigió la abadía de Talloires, de Annecy, Francia.

29. San Abrahán, anacoreta (†366). Nacido en el seno de una rica familia de Edesa, Siria, se hizo eremita en una estrecha celda. Su obispo lo ordenó sacerdote y lo envió a evangelizar la región, pero tan pronto como pudo regresó a la vida eremítica.

30. XXXI Domingo del Tiempo Ordinario.

Beato Alejo Zaryckyj, presbítero y mártir (†1963). Sacerdote de la Archieparquía Ucraniana preso en el campo de concentración de Dolinka, Kazajistán, donde murió.

31. Beato Tomás de Florencia Bellaci, religioso (†1447). Arrepintiéndose de su juventud disoluta, ingresó como hermano lego en la Orden de los Frailes Menores.

Es mejor el conjunto

Aislado, lo ignoraríamos; a fin de cuentas, existen flores más perfumadas y bellas. Sin embargo, ante una pléyade de ellos, nos olvidamos de su aparente insignificancia.

Leticia Regina Ferratto Ojeda

Estimado lector, permítame transmitirle algo que recientemente me ha llamado la atención. Mientras rezaba el rosario caminando por el jardín de mi comunidad, me topé con un hermoso arbusto florido. Se trataba de un hibisco, denominado científicamente *Hibiscus rosa-sinensis*, que evoca un particular aspecto de Dios: el esplendor de la armonía.

En efecto, en la naturaleza podemos encontrar una infinidad de variedades de flores, de distintos colores, formas, tamaños, perfumes… Cada cual posee un encanto peculiar y, pese a que presentan características muy diversas, se completan y se concilian.

Mientras algunas atraen por su singularidad y distinción, como la orquídea, o incluso por su llamativa presencia, como el girasol, o quizá también por su delicadeza, como el lirio, el hibisco, por su parte, revela su encanto por su sencillez.

Vista por separado, esta flor tiene sin duda su belleza: la gradación de tonalidades y el formato de los pétalos son proporcionados y delicados. No obstante, cuando nos hallamos ante un arbusto repleto de hibiscos de coloraciones y tamaños varios, su pulcritud se reviste de una gracia especial, que se encuentra precisamente en esa variedad toda ella armónica.

La elegancia del hibisco relucirá más cuanto mayor sea el número de sus flores. Parece que el divino Artífice quiso que la «misión» de esta sencilla planta se cumpliera en plenitud solamente en unión con sus «hermanas». Aunque no tenga la exuberancia de otras especies, resalta el principio de que la belleza del conjunto es mejor que la de la unidad. De hecho, lo que en el universo parece carecer de importancia, a menudo se vuelve valioso cuando se considera en función de la totalidad de la Creación.

Este análisis me llevó a una meditación más profunda, que deseo compartir con usted, lector.

Dios imprimió un reflejo de sus infinitas perfecciones en todos los seres creados, pero lo hizo con jerarquía, de modo que algunos están más dotados

Spencer Wing - Pixabay

Tammy Cheung (CC by-sa 2.0)

«Hibiscus rosa-sinensis» en diferentes colores

que otros, ya sea en el campo estético, intelectual o práctico. Por tanto, en nuestro espíritu puede surgir la inclinación de ignorar a ciertas criaturas, simplemente porque hay otras más interesantes y útiles…

Ahora bien, leemos en la Sagrada Escritura que el Señor, en cada etapa de la Creación, consideraba lo que iba realizando y «veía que era bueno» (cf. Gén 1, 10); sin embargo, al sexto día: «Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gén 1, 31). Es decir, cada ser analizado individualmente era bueno, pero el conjunto era óptimo.

En el caso del hibisco, lo ignoraríamos si lo contempláramos aisladamente; a fin de cuentas, existen flores más perfumadas y bellas. Observando nada más que un ejemplar, incluso encontraríamos algunos defectos: un pétalo marchito, otro defectuoso, un tercero dañado por algún insecto que deambulaba por allí… Con todo, si delante de nosotros tenemos una pléyade de ellos, entonces olvidamos sus limitaciones.

He aquí la conclusión de aquella reflexión inesperada en el jardín: ciertamente todos tenemos maleza y debilidades, como también es evidente que existen personas superiores a otras. Si bien, no conviene prestar atención sólo a cada individuo, sino vivir en función del conjunto.

¿A qué conjunto me refiero? A la Santa Iglesia Católica, de la cual todos los bautizados formamos parte.

En el trato entre los hijos de esta augustísima madre, uno debe ver en el otro la vocación a la santidad y la sublimidad de esa sagrada institución que su hermano refleja, en una visión panorámica que nos permitirá apreciar los horizontes vastísimos de nuestra fe.

Hagamos, por lo tanto, este propósito: comprendamos que en cada persona existe un llamamiento incomparablemente mucho más valioso que despreciables son las flaquezas que pudiera tener; y nunca pongamos la mirada en aspectos secundarios, sino que fijémosla en la grandeza de nuestra religión, reconociendo la invitación a ser todos santos, y santos que marcarán la Historia. ✧

Forest and Kim Starr (CC by-sa 2.0)

Preludio de los dones de Dios

Para el alma que confía en la Providencia, las grandes esperas son el preludio de los grandes dones de Dios, el prenuncio de la realización de las grandes promesas que le ha hecho el Altísimo. El patriarca Abrahán es un ejemplo de esto: siendo ya centenario, Dios le prometió una descendencia innumerable, de la cual brotaría el Mesías.

Le nace un hijo, y el Señor determina que lo sacrifique. Abrahán confía. Y en la hora de su supremo heroísmo, después de tan larga espera, finalmente recibe la certeza del juramento divino: «Multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa» (Gén 22, 17).

Plinio Corrêa de Oliveira

Francisco Lecaros

Abrahán e Isaac - Colección privada